

860-2 (866) Martínez
1355e

Piezas Dramáticas

---: *Educativas* :---

POR

ANGELICA MARTINEZ
PROFESORA NORMALISTA

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
No. 4652	AÑO 1993
PRECIO	DONACION



004223701 CAN-ECUADOR.



Tipografía Municipal.

Impreso por Miguel Ortiz R.

1934

Al distinguido escritor,
señor Don Nicolás Jurenez.

Con las más altas conside-
raciones.

La autora

Quito, 15 de diciembre de 1934

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 1.668 ▲

FECHA DE CONSTATAION Diciembre 1.950.....

VALOR s/ 5,00

CLASIFICACION

AL SEÑOR DON JORGE REGALADO,
Presidente del Muy I. Concejo Municipal.

Señor:

Cuando la meritísima comisión del Ayuntamiento, en mi persona, para el examen de las producciones dramáticas de la señorita Angélica Martínez, profesora de la Escuela "Marieta de Veintemilla", la acepté de buen grado, sin pretensión ninguna de competencia, tan difícil tarea. Impulsóme a ello el convencimiento íntimo de que así contribuía al adelanto i progreso de las letras patrias, en una sección de la República en la cual, primero que la suave cítara de Apolo se apreciaban los leucos de Marte. Enseña la verdadera filosofía de la historia, que los pueblos guerreros con especialidad los incipientes en orden a la civilización, si gentiles i hospitalarios, han menester firme impulsión en el desarrollo de sus fuerzas intelectuales.

Pero tengo para mí, i me doi el placer de afirmarlo, que en la provincia del Carchi, se está verificando, el día de hoy, mediante nueva evolución de ideas i sentimientos, transformación plausibilísima en el modo de pensar i sentir, relativamente a la estima del valor i de la inteligencia. Ya no es la espada la única árbitra de los destinos del pueblo: son el talento i la ilustración en sus diversas formas i matices.

Se levanta ahora una generación que, galleada por herencia i heroica hasta el sacrificio, ávida de saber i entender, ha de prodigar en breve, por su consagración al estudio, los literatos clásicos, los diestros polemistas i los hábiles i consumados políticos.

Por ésto, la aparición de Angélica Martínez, como luz de auro ra que despunta en el horizonte carchense, sea saludada con el estímulo eficaz de la publicación de sus primerizos ensayos literarios, no en la tumultuosa palestra del periodismo, sino en el de veras plácido de la Literatura de esparcimiento que recrea la imaginación i solaza el espíritu.

Los juguetes literarios de Angélica Martínez, que acaso de esta manera los habría llamado el fecundo i renombrado escritor

León Mera, que a sus magistrales libros dícelos obrillas, en carta al crítico Valera, son seis: "Amor sin Ocaso o Corazón de madre", "Ternuras íntimas", "Caprichos de Navidad", "Navidad, o el Arbol de los Niños Pobres", "Sanción Natural", i "Por un Huasi-pungo". Todos, aunque no de largo aliento, simpatizan con las pasiones más delicadas i noble fantasía. El que lleva por Título Ternuras Íntimas, tiene subidos puntos de sentimental, como que despierta afecciones ternísimas en el alma. No le vá en zaga, Corazón de Madre. Por un Huasi-pungo, sino de acabada estética, en el genuino sentido de la palabra, es adaptación vigorosa a par que exacta de pensamientos i penalidades ajenas, quiero decir, del padecer de una raza, por siempre desdichadísima, para quien no amanece el sonrosado sol de mejores días.

La autora no rebusca adornos poetizos para dar lustre al estilo ni al lenguaje: corre aquel fluido i espontáneo; este sencillo i, en veces, galano. No se descubre esfuerzo imaginativo, menos, mucho menos afectación de sentimientos. Escribe con ladifícil facilidad que dijo un preceptista retórico.

Abrillantan las condiciones subjetivas de la escritora, el objeto i propósito de los partos de su ingenio, ora en los rápidos cuadros de costumbres, ora en la emoción de afectos: el triunfo de la virtud, el predominio de la moral i la victoria del bien. En mi concepto, mejor que cualquiera otra obra de solaz i recreo ímpolutos, pueden ir a manos de niños los pulcros dramas de Angélica Martínez, como expresión de corazón bien puestó i cultivo de sana inteligencia; como honra del profesorado del Carchi, i como señalada muestra de los desvelos del magisterio, siempre augustos i sublimes.

Tulcán, Noviembre 25 de 1933.

(f).—Eliseo Ron Sierra. Dr.

PROLOGO

La educación afectiva no se realiza con preceptos; es necesario despertar, hacer vivir las afecciones anímicas; pues, son las continuas reacciones, provocadas por estímulos, ya sean internos o externos, las que desarrollan o forman los sentimientos.

Los cuadros de la vida que se presentan en escena con el nombre de dramas, son medios poderosos para provocar reacciones sentimentales; de aquí nace la enorme importancia que el drama tiene en la educación moral i social.

Tomando en cuenta los puntos anteriormente expresados, me propuse escribir la serie de dramas que se publican en esta obra.

Son dramas que pueden ser representados sin escrúpulo, por niños i adolescentes; he excluido absolutamente de ellos el aspecto erótico que siempre tiene sus prejuicios en escuelas i colegios.

En casi todas las escenas he procurado que haya un equilibrio de reacciones, tanto positivas como negativas: junto a una acción buena i laudable, una incorrecta o sensurable con sus consecuencias respectivas, a fin de que se pueda sacar conclusiones éticas.

Todos los cuadros que presento son absolutamente verosímiles i copiados de la vida práctica, especialmente de las costumbres peculiares de nuestro propio ambiente, puntos que los creo muy necesarios para que un drama sea educativo. Una cosa que no es vivida o que es inverosímil, puede perfectamente despertar un estado afectivo fuerte; pero éste puede ser inmediatamente contrarrestado por la inteligencia: es necesario que el sentimiento sea corroborado por la razón.

Con estas ligeras aclaraciones quiero dar a conocer los sinceros propósitos que me han animado a realizar este trabajo, i los fundamentos principales que me han servido de norma.

Quiero aprovechar de este pequeño prólogo, para dejar constancia de mi profunda gratitud por el apoyo desinteresado i eficaz del I. Concejo Municipal de esta ciudad, para la publicación de mi obra, especialmente para su progresista i digno Presidente señor Jorge Regalado i para el Sr. Doctor Eliseo Ron Sierra, miembro activo i entusiasta de dicha Corporación.

También quiero hacer extensiva mi gratitud para todas las personas que, galantemente, se interesaron en conseguir el apoyo del I. Concejo, particularmente, a los señores Doctores Félix Utrera P. i Neptalí Guerrero Sosa i al señor Modesto Arellano.

Argélica Martínez

AMOR SIN OCASO

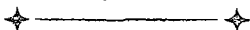
o

Corazón de Madre



Tulcán—Ecuador.

A las Madres Tulcanesas



Madres, en vuestro día, día solemne, en el cual la naturaleza toda, en un sólo concierto, se levanta para celebrarlo, a la ofrenda de amor que la humanidad entera debe depositar a vuestras plantas, he querido mezclar mi débil, pero sentido tributo de veneración i de cariño. He querido, Oh, madres tulcanesas, dedicaros, de una manera especial, este pequeño Drama titulado "AMOR SIN OCASO O CORAZON DE MADRE".

Hubiera deseada cristalizar en algo más digno de vuestro aprecio, el religioso respeto i el cariño inefable que mereceis, pero carezco de todo cuanto puede facultarme para éello.

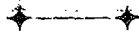
Aceptad, pues, mi humilde ofrenda, sin tomar en cuenta el trabajo en si mismo, sino únicamente los sentimientos que me han animado a realizarlo. Espontánea i cariñosamente os lo dedico, i tengo doble motivo para ello: en primer lugar, en vosotras está comprendida mi madre, i, en segundo lugar, sois mis conterráneas i, por tanto, he podido apreciar más de cerca vuestros méritos:

A vosotras que, comprendiendo la sublime misión que desempeñais sobre la tierra, os habeis dedicado con ardoroso afán a cumplirla; a vosotras que vivís lejos de la sociedad, lejos del mundo, dedicadas exclusivamente a vuestros hijos; a vosotras que sufrís con amorosa resignación todos los desvelos i dolores, sintiándoos felices, junto a la cuna do reposa el tesoro de vuestros corazones, sin entregáarlo jamás a manos mercenarias; a vosotras que os marchitais "como rosas del invierno", pero nunca negais a vuestros tiernos vástegos, la sabia vital de vuestros senos; para vosotras, repito, he escrito esta pequeña obra, en la que se refleja, aunque débilmente, el amor maternal: el amor que sólo saben sentir las madres como vosotras.

Tulcán, a 29 de Mayo de 1933.

Angélica Martínez

Amor sin ocaso
o
Corazón de Madre



DRAMA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

Ana, Madre de Beatriz
Beatriz (Margot),
Sor Matilde, Hermana de la Caridad
Doctor Peñaherrera, Médico
Laura, Enfermera
Inés, Enfermera
Doña Carmen, vecina de Ana
Rosa, Sirvienta de Ana
Ester, Sirvienta de doña Clara

Nota.—El drama se desarrolla en Quito.



ACTO PRIMERO

Escenario: un dormitorio modesto, en el cual hay una cuna; en otro extremo, un velador, i sobre éste, una botella de bebida. La cuna está adornada con muchos juguetes de niña.

ESCENA I

Ana y su hija Beatriz

Una niña de dos años aparece dormida en una cuna.

Ana (Vela junto a la cuna de su hija; se oye un leve suspiro de la niña, i la madre se levanta sobrecaltada.) ¿Qué tienes mi vida? (la besa nerviosa) Su frentecita arde, ¡Dios mío! Son las cinco de la tarde i el Médico no asoma (se acerca a la puerta i llama) Rosa, Rosa,

ESCENA II

Ana y su Sirvienta Rosa

Rosa (entrando) ¿Me llamaba, señora?

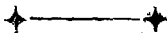
Ana (Con angustia) Anda rápidamente donde el Doctor Pefiherrera i dile que, por favor, venga pronto: la niña está muy mal.

Rosa (Saliendo) Está bien, señora.

ESCENA III

Ana i su Hija Beatriz

Ana (Se acerca presurosa i pone su mano sobre la frente de la niña) Prenda de mi alma! (se levanta como movida por un resorte i se coge la cabeza con angustia) Ciclos!, qué idea tan horrible ha pasado por mi mente; (con frenesí) nó, no puede ser; mi hija no morirá; si es preciso, lucharé contra la misma muerte (cae desfallecida junto a la cuna de su hija.)



ESCENA IV

Ana, Beatriz y el Médico.

Médico (Entrando) Con permiso de Ud., señora.

Ana (Con ansiedad) Síga, Doctor. ¡Por piedad!, mi hija se muere!

Médico ¿Ha terminado la bebida?

Ana Integramente, Doctor; pero desde la tercera copa, le vino ese letargo, ese sopor que me desespera.

Médico Voy a hacerle un examen detallado. (Se acerca a la niña i le pone el termómetro). Veamos el pulso (examina los ojos, los pies, el corazón, etc; toma luego el termómetro y mueve la cabeza negativamente. Saca un papel de su cartera y escribe la receta, Ana queda inmóvil contemplando a su hija) Estoy desconcertado (aparte); la naturaleza de esta chica es asombrosa; creí que con la primera dosis de narcótico, quedaría con todas las apariencias de muerta; de este modo, habría cumplido el compromiso contraído con doña Clara y recibiría ya la cantidad estipulada; pero ... (moviendo la cabeza) no hay remedio; es preciso tomar otras medidas (entrega la receta a Ana). Esta bebida, es para normalizar la temperatura, que es lo que, por lo pronto, me preocupa.

Ana (En ademán suplicante) Doctor, por caridad, hábleme la verdad, pero la verdad pura!

Médico Por el momento, nada puedo decirle: voy a estudiar el caso; agotaré la ciencia. Con permiso de Ud. (Sale).

ESCENA V

Ana, sola,

Ana (alzando los brazos, angustiada) Virgen Santa, Tú, que sabes de llanto i de dolores, puesto que tienes corazón de madre, (juntando las manos) salva a mi hija, al ángel de mi vida, al único consuelo de mi triste viudez i mi quebranto!

ESCENA VI

Ana i su sirvienta Rosa

Rosa (Entrando) ¿Me necesita la señora?

Ana Ven, Rosa, única testiga de mis hondos sufrimientos.

Rosa Ay!, señora mía, si estuviera en mis manos remediarlos..

Ana Rosa, bien sabes tú que somos pobres; los escasos recursos que, al morir, me dejó mi esposo, se han agotado ya. Es preciso terminar el vestido de Lola, para entregarlo i conseguir algún dinero, para mandar a preparar la bebida que ha dejado el Doctor para mi hija. No puedo coser aquí; el ruido de la máquina la molestaría; quédate tú, i al menor movimiento que adviertas en la niña, me avisas inmediatamente.

Rosa Pero, i la comida para Ud?

Ana De eso no te preocupes, mujer; bien se vé que nunca has sido madre. ¿Cómo crees que pueda comer yo, mientras mi hija agoniza? No olvides las advertencias. (Pasa a su hija i sale)

ESCENA VII

Rosa y Ester

Rosa (Se sienta junto a la cuna de la niña i empieza a me-
la) Yo no sé que tengo ahora, no estoy tranquila.

Ester (Entrando) Chit (poniéndose el índice en la boca) ¿Es-
bes, Rosa, que el plan del Doctor ha fracasado?

Rosa ¿Qué quieres decir?

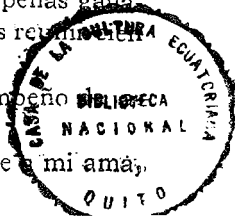
Ester Sencillamente, que la niña no quiere morirse; o
dicho, hacerse la muerta (ríendo) Si ésto hubiera sucedido, la
era mui fácil Imagínate: la niña quedaba inanimada por al-
horas, su madre la creía muerta; entonces, mi ama, de acuerdo con
el Doctor, tenía dispuestas las cosas de tal modo que, la niña Bea-
triz se iba a poder de aquélla, sin que nadie lo sospechara.

Rosa Ay, Ester, a mi me remuerde la conciencia haber to-
mado parte en esta farsa; si no fuera por que ya tengo gastados
diez sueres, de los cien que me dieron, yo les volvería, i avisaría
todo a mi señora.

Ester Calla, Rosa, no seas tonta: el didero no se consigue sin
trabajo; al menos nosotras, las pobres sirvientas, que apenas gana-
mos de cuatro a cinco sueres mensuales. no lograríamos recibir
sueres, en toda nuestra vida.

Rosa Pero yo no comprendo porque es tanto empeño
propiarse de la niña Beatriz.

Ester Tu eres muy cándida; Rosa; bien sabes que a mi amá,



a señora Clara, se le murió, en estos días, la sobrina de la cual era su tutora; élla ocultó a todo trance esta muerte, para poder seguir manejando los quince mil suéres que, al morir, dejó a la niña su tía Matilde. Ahora bien, mi ama, quiere reemplazar a su sobrina con la niña Beatriz, por que ésta es de la misma edad de aquélla i además, es muy linda i se le parece mucho. Ya ves, Rosa, que sin esta estragemá, mi ama quedaría en la pobreza, porque la herencia iría a parar en manos de otra sobrina de la difunta señora. Yo le doy la razón a mi ama i por éso le ayudo; i estoy en el deber de hacerlo, porque la señora Clara ha hecho las veces de madre conmigo: me ha criado de edad de dos años. Además, ésta no es una mala acción, porque la niña Beatriz vá a ser rica, inmensamente rica. Ah! ya quisiera colocarme en su lugar.

Rosa Pero una vez fracasado el plan, ¿qué piensan hacer?

Ester Precisamente, a éso he venido (bajando la voz i mirando a todos lados) Oye, hija; esta noche, en la taza de té que sirvas a tu señora, vas a ponerle un un poquito del polvo que contiene esté paquete (entregándole).

Rosa (asustada) Pero, ¿no le causará algún daño?

Ester No tengas cuidado; lo único que puede pasar es... que tu patrona se duerma...

Rosa I entonces?

Ester Entonces vengo yo i me llevo a la niña.

Rosa I si la señora sospecha de mí?

Ester Imposible: tiene mucha confianza en tí; además, tú te vas a dormir tranquilamente a tu cuarto.

Rosa (moviendo la cabeza negativamente) Yo no me resuelvo, Ester.

Ester No seas cobarde, toma (le entrega un billete).

Rosa (Mirando el billete) Ah! bueno; a qué horas?

Ester A las doce de la noche. Ahora me voy, puede venir tu ama, no conviene que me vea. No olvides; hasta luego.

ESCENA VIII

Ana y su sirvienta Rosa

Rosa (Mirando el billete con alegría) Qué gusto, de a veintetel (metiendo al seno apresuradamente).

Ana (Entrando) ¿Ha pasado tranquilita?

Rosa Completamente, señora.

Ana (Acercándose a la cuna) Gracias a Dios!

Rosa Con permiso de Ud. señora, voy a preparar el té (sale).

ESCENA IX

Ana i Beatriz

Ana (tórnanlo en sus brazos a la niña) Ven, ángel mío, debes estar cansadita. (Toma una cucharada de bebida i acerca a los labios de la niña; como ésta rechaza hace ademán de llevar a los suyos, i luego acerca otra vez a la boca de su hija) Toma, mi vida, está rica; un poquito más, un poquito más. [Deja la cuchara en el velador, abraza i besa a su hija, con frenesí i luego la mira levantándola en alto] Bien mío, sonrío como solías hacerlo. Cuánto diera, ángel mío, por volver a tus ojos el esplendor divino de tus puras miradas; por dar a tus labi-citos pálidos, [besándola en los labios] el carmín que les ha robado esta enfermedad traidora. (coge una muñeca i acerca a la niña) Mira tu Niñí, hazle una caricia, está llorando porque ya no le quieres [desconsolada tira la muñeca] Nada, ni se mueve, si parece muerta, ¡Dios mío!

ESCENA X

Ana y su sirvienta Rosa

Rosa [entra con una taza de té] Señora, le traigo esta tacita de té; son las once de la noche i en todo el día, no ha probado bocado; hace ocho noches, que no duerme, si siguié así, Ud vá a morirse antes que la niña.

Ana No digas eso, tengo que vivir para mi hija.

Rosa (pone la taza de té en una mesa) Permítame, señora, que la coja yo a la niñita para que Ud. pueda tomar el té.

Ana Deja, está dormidita, voy a ponerla a la cuna (se acerca a la acuesta) Beatriz, hija mía, los cantares de tu madre se han convertido en gemidos.

Rosa (Coge la taza de té que está sobre la mesa i entrega a la señora) Señora, tome pronto, se enfría.

Ana (toma el té i después de un momento se coge la cabeza con angustia) Dios mío! qué pesada la siento.

Rosa (con voz íntegra) Tantos insomnios, señora. tantos pesares.

Ana Tengo una angustia ho . . . rri . . . ble . . . mi . . . hi . . . ja . . . (queda sin movimiento).

Rosa (se acerca a la señora i le palpa el corazón, muy asustada) ¡Pobre de mí! ¿qué he hecho?, soy una criminal, tengo miedo, soy capaz de esconder a la niña i no entregarla. (se acerca a la niña i retrocede espantada) ¡Qué horror!, abre sus ojitos, parece que me reconviene.

ESCENA XI

Rosa y Ester

Ester (entrando de puntillas) Ya estoy aquí.

Rosa Ester, estoy desesperada, soy una infame, toma tu dinero, (tirando al suelo unos billetes i acercándose a la cuna) yo no te entrego a la niña.

Ester (empujando colérica a Rosa) Quita imbécil, eso hubieras visto antes; no me hagas perder tiempo. (Se acerca presurosa a coger a la niña.

Rosa (fuera de sí, se acerca a la señora i la mueve) Señora, señora (saliendo a la puerta) ¡soçorro, soçorro!

Ester Calla, no hagas escándalo, tú saldrás comprometida (sá le precipitadamente con la niña en los brazos).

ESCENA XII

Ana y Rosa

Rosa (sigue dando gritos hasta la puerta, luego regresa desesperada) Soy una criminal; debo huir de esta casa; pero, ¿qué será de esta pobre señora, cuando comprenda la espantosa realidad? (llora) Ay, esta pobreza que nos precipita en estos abismos.

Ana (Pugnando por despertarse) Ay! (Rosa sale de puntillas muy asustada).

ESCENA XIII

Ana, sola

Ana (Se restrega los ojos i mira al reloj) ¡Qué horror! (se levanta presurosa, se acerca a la cuna i retrocede horrorizada) ¡Cielos!, mi hija! (corre hacia la puerta i grita) Rosa, Rosa!

ESCENA XIV

*Ana i su sirvienta Rosa**Rosa* (Entra temblando) Señora.*Ana* (fuera de sí) Mi hija, por Dios, mi hija!*Rosa* (Con la voz entrecortada) No sé, señora, se la han robado....*Ana* (Horrorizada corre otra vez hacia la cuna i busca a su hija) ¿Qué dices? Dios mío!, nó, no puede ser; es una pesadilla horrible (dá vueltas por todas partes, desgrefiándose el cabello, i gritando a su hija, luego cae sin sentido; de pronto, corre hacia la cuna) Calla, mi amor, no llores (Con ademanes de loca, sigue meciendo la cuna i canta):

Duérmete, nenita,
 duérmete, mi amor,
 que tu madrecita
 vá a darte un primer.

Cierra tus ojitos,
 cesé mi cantar,
 que los angelitós.
 vante acompañar.

(Hace ademán de bajar de la cuna a su hija, coge la almohada en sus brazos i la acaricia i la besa con frenesí).

Rosa (Espantada) ¡Qué horror!, está loca, voy a avisar a doña Carmen (sale).

ESCENA XV

*Ana, doña Carmen y Rosa.**Carmen* (Entra i se sorprende terriblemente) Ana, amiga mía (Ana sigue cantando sin contestar) Rosa, ¿qué ha sucedido aquí?*Rosa* (Nerviosa) Se han robado a la niña.*Carmen* (dirigiéndose a la cuna) ¿Qué es lo que dices? ¡Oh! esto es horrible!; tú has de dar razón quién a venido aquí?*Rosa* Nadie.*Carmen* Esto es inconcebible; aquí se encierra algún siniestro misterio; anda rápidamente, a dar aviso al Jefe de Investigaciones (Sale Rosa)

ESCENA XVI

Ana i doña Carmen

Ana (acariciado la almohada i mostrándola) Miran, qué hermosa es mi hija; si es más linda que la Beatriz del Dante.

Carmen Qué desgracia, está loca (enjugándose las lágrimas, Beatriz, incoente criatura, en qué manos iría a parar.

Ana (Con ademanes de loca) Habrá ojos más divinos que los suyos? i sus labios?, no es preponderancia (ríendose a carcajadas) junto a ellos, el carmín es pálido; i como me mira, vidita, (dá un grito horrible i levanta los brazos como queriendo alcanzaria) Mi hija, se vá, se esfuma, Beatriz, no me dejes, Beatriz, ingrata. Ah!, hijos, cuando comprendereis (agarrándose el corazón con angustia) todo el amor que encierra un corazón de madre!! (cae desfallecida)

Telón rápido.



ACTO SEGUNDO

Escenario: Una sala de hospital, en la cual hay una cama i un velador; sobre éste están algunas medicinas.

ESCENA I

Sor Matilde y Ana.

(Aparece Ana dormida en una cama y la Monja arrodillada junto a un altar, orando).

Ana (dormida i con voz entrecortada) Beatriz, angel de mi vida.

Sor Mat. (se levanta i queda inmóvil contemplando a Ana) ¡Pobre Madre!, cuánto ha sufrido: bien claro hablan las enormes ojeras de sus hermosos ojos i la nivea palidez de su semblante; (acercándose i mirándola de cerca) yo no sé que irresistible atracción tiene para mí esta mujer: sus encantos me cautivan, su tris-

teza me conmueve. Como quisiera leer en su corazón, para poder derramar en él algún lenitivo. Dios mío, por qué no inventará la ciencia, drogas para curar las heridas del alma?

Ana. Ay! (se incorpora en la cama).

Sor Mat. (acercándose) Ana, hija mía, se siente Ud. mal?

Ana. Nó, Madre, no sé que me duele ni trato de averiguarlo; porque ¿qué importan los dolores del cuerpo, cuando se tiene destrozada el alma?

Sor Mat. Ana, bien sé que Ud. sufre; que una secreta tristeza devora en silencio su alma; pero también sé, que las enfermedades materiales, tienen su repercusión en nuestro espíritu i hacen más espantosas nuestras penas (cogiendo las manos de Ana, la cual está llorando) Ana, es necesario no llorar, es necesario cumplir las prescripciones del Médico.

Ana. Madre, para qué la vida si ya he perdido la esperanza de encontrar a mi hija!

Sor Mat. A su hija ha dicho?

Ana. Sí, a mi hija, al único consuelo de mi vida.

Sor Mat. (vivamente interesada) Pero ¿cómo ha podido Ud. perder a su hija?

Ana. Oh!, hermana mía, no quiero entristecer las apacibles horas de su vida, contándole la trágica historia de la mía.

Sor Mat. Ana, yo le suplico; me interesa tanto su desgracia que quisiera poder derramar algún alivio en su alma desolada.

Ana. (Tomando las manos de la Monja entre las suyas) Gracias, Madre mía, procuraré condensar en pocas palabras toda la tragedia de mi triste existencia; muchas veces, dos o tres letras, encierran el universo entero para nosotros; las mías, son éstas: mi hija! Soy una pobre viuda; al año justo de casada murió mi esposo i, pocos días después de su muerte, nació mi hija. (con frenesí) Pero si parece que la veo: un capullito fragante i puro como una flor de primavera; sus ojos tenían el brillo de un lucero, pero eran tan negros i profundos como si en ellos estuvieran reflejados abismos de mi pena.

Sor Mat. (Aparte) Pobre madre, como se extasía, imaginándose contemplar a su hija.

Ana (como volviendo en sí) Pero estoy cansando su atención

con estos detalles minuciosos; ¡Ay!, es tan dulce recordar al ser amado.

Sor Mat. Yo no me canso de escuchar a Ud., Ana, al contrario, sus palabras tienen para mí un encanto irresistible: admiro en Ud. el amor maternal elevado casi hasta lo sublime. Pero prosiga, tengo vehemencia por seguir escuchando su relato.

Ana. Pues bien, yo me sentía feliz junto a la cuna de mi hija, viéndola crecer alegre i sonriente, mirándome en sus ojos, sintiendo sus tibias manecitas acariciar mi rostro. Así transcurrieron 18 meses: 18 horas de felicidad que pasaron fugaces i ya no volverán. Un 26 de julio, día fatal, en el cual las terribles sombras del dolor, cual negras nubes cargadas de pavorosas tempestades, cubrieron el horizonte de mi vida, mi hija, mi Beatriz. . . .

Sor Mat. (Interrumpiéndole muy turbada) Beatriz ha dicho? (llevándose la mano a la frente) Dios mío!

Ana. (Sin advertir la turbación de la monja) Sí, Beatriz era su nombre. Un día, repito, amaneció mal, muy mal. No cansaré a Ud. contándole todos los desvelos, todas las lágrimas que me costó su terrible enfermedad. Llevaba ocho días de estar enferma, cuando una noche, (levantándose) noche fatal!, que quedó escrita con caracteres de fuego en mi memoria, (con la voz entrecortada por la emoción) mientras yo dormía, rendida por el insomnio i por las lágrimas, me robaron. . . . a mi hija! (se cubre la cara i solloza)

Sor Mat. (Enjugándose los ojos) Esto es inconcebible, pero no sospecha Ud. quien puede haber sido el autor de tan horrendo crimen?

Ana. Yo no sospecho nada; no hay un solo momento que no medite en ésto i sin embargo, cada día es más indescifrable este misterio horrible. Cuando desperté de aquel fatal letargo, palpé aturdida la realidad monstruosa; pareciome que el cielo todo, caía sobre mí i me anonadaba: perdí el sentido. Dos meses, según dicen, estuve inconsciente i cuanto diera por seguir hasta ahora en el mismo estado; pero mi sino quiso que despierte a la realidad i me anegue en el mar de sus quebrantos.

Sor Mat. Ana, inmenso es su dolor; pero la Virgen Madre, que tanto sabe de estas penas íntimas, consolará su corazón de martir; hija mía, tenga fé, todavía no es tarde.

Ana. (Desconsolada) Yo no he dejado de buscarla un solo instante: apenas la razón volvió a mi mente, me lancé con frenética constancia, en busca de mi Beatriz adorada, i hasta ahora, nada... nada!

Sor Mat. No desespere, Dios se compadecerá de Ud.... i ahora, por el amor de su Beatriz, vá a tomar una copita de bebida (toma una copa i entrega a Ana; mientras élla toma sale a la puerta i llama) Laura.

ESCENA II

Ana, Sor Matilde i Laura.

Sor Mat. Ven, Laura, lleva a la señora a dar un paseo por el jardín: el día está hermoso, el aire está fresco, le sentará bien (se acerca a la mesa a componer una bebida).

Laura. (Contenta) De veras que el día está más hermoso que nunca: la naturaleza parece que nos convida a contemplar su belleza (aparte) ¡Qué felicidad!, con este paseo, me libero del fastidioso trabajo que estaba haciendo con esa Madre Dorotea. Vamos, señora (dirigiéndose a Ana) Apóyese con toda confianza en mi hombro, aunque pequeña, soy tan fuerte como un roble.

Ana. (dirigiéndose a Sor Matilde) Con permiso (salen).

ESCENA III

Sor Matilde, sola.

Sor Mat. Ah!, he tenido que hacer un esfuerzo supremo para contenerme: hubiese sido una imprudencia revelarles mis sospechas: un nuevo desengaño acabaría con su vida. (sale a la puerta i llama) Inés.

ESCENA IV

Sor Matilde e Inés.

Inés. (Entrando) En qué puedo servirle, Madrecita?

Sor Mat. Oye, chica, ándate a la calle Espejo, Casa N° 133.

Inés. Ah! donde la señora Clara?

Sor Mat. Sí, allí.

Inés. Ahora me acuerdo, el otro día que me mandó su Reverencia a llamar a la niña Margot, al acercarme a la casa, sentí

que aquélla lloraba: entré de puntillas, i por la rendija de la puerta, vi que la señora Clara maltrataba terriblemente a la niña. Dí golpes a la puerta i, apenas me vió, comenzó a consolar a la niña.

Sor Mat. Pero, ¿supiste la causa de ésto?

Inés. Sí, oí que le decía: que es desobediente, que ya le ha prohibido que salga con Ester la sirvienta, i que la niña se ha ido a pasear con élla.

Sor Mat. Oye, Inés, si es posible, habla a so'as con Margot i dile que venga un momento, que la necesito con urgencia; si ésto no es posible, le dices a la señora Clara que haga el favor de enviarme un ratito a la niña.

Inés. Está bien, Reverenda Madre (Sale).

ESCENA V

Sor Matilde, sola.

Sor Mat. Oh! Dios!, si se cumplieran mis presentimientos, si pudiera remediar la desgracia de esta pobre mártir. (reflexionando) Talvez tenga alguna relación este asunto, con el Doctor Peñaherrera. Fué notoria su turbación al saber que la enferma N^o 34 era Ana Bustamante. Después cambió el departamento de mujeres, que estaba a su cuidado, con el de hombres. Pero estoy nerviosa; es necesario ponerse serena, la niña no debe tardar.

ESCENA VI

Sor Matilde y Margot.

Margot. (entrando) Buenas tardes, Maürecita (corre y la abraza).

Sor Mat. (Con cariño) Buenas tardes, Margot. ¿Cómo está tu mamá?

Margot. Bien está.

Sor Mat. Estaba élla en casa cuando mandé llamarte?

Margot. Nó, madre mía, yo estaba sola cuando recibí su recado i, como la quiero tanto, vine corriendo.

Sor Mat. Gracias, Margot. pero no te castigará tu mamá por no haberle avisado?

Margot. Seguramente, madrecita: mi madre es muy sévera conmigo.

Sor Mat. No tengas cuidado, Margot; en este momento voy a mandarle un recado (sale a la puerta i llama) Inés, avise a la señora Clara que Margot está aquí i que se quedará a merendar conmigo.

Margot. (abrozándola) Gracias madre mía; pero... (llora)

Sor Mat. ¿Qué tienes Margot? (tomándole la cara).

Margot. Nada...pero (con timidez) tengo mucho miedo de mamá.

Sor Mat. (besándola en la frente) Pobre angelito! Te portas mal ¿casc?

Margot. No madrecita, yo no me porto mal: procuro siempre hacer lo que ella quiere; la obsequio con mis mejores flores; pero ella las bota con desprecio. El otro día, mató a Lilí, mi muñeca más querida (enjugándose las lágrimas).

Sor Mat. (sonriendo) ¿Cómo fué aquéllo?

Margot. Mamá estuvo muy colérica; en ese momento, encontró a Lilí en su velador i la arrojó lejos; Lilí se murió, pobre Lilí!, sólo tengo sus restos.

Sor Mat. Eso hará tu mamá cuando está colérica; pero en los demás días, te acaricia i besa ¿no es cierto?

Margot. (moviendo la cabeza negativamente) I....éso nunca: yo no me acuerdo haber oído de sus labios esas cositas tan bonitas que saben decir otras mamás que, cuando las oigo, yo no sé porque, me dan ganas de llorar: yo quisiera que a mí también me digan.

Sor Margot. (a solas) Casi no me cabé duda, Oh!, si fuera verdad!

Margot. Ay cierto, yo estaba para venir mañana domidgo, a decirle a su Reverencia una cosa.

Sor Mat. (sonriendo) Se puede saber ahora, picarita?

Margot. (poniéndose muy triste) Sí, mi madre me dijo anoche, que ya se acerca el día en que cumplo ocho años i que me vá a encerrar en el Convento de "Santa Clara", de donde no saldré más, porque después de pocos años, debo hacerme monja. Ser monjita si me gusta, así como su Reverencia; pero que me encierren en esa casota, Qué miedo! (se cubre la cara con las manos). Debe ser horrible i obscura; cuántos fantasmas existirán en esos claustros. Por Dios, madrecita, déjeme aquí i no me

mande donde esas monjas tapadas, me dan miedo. (llora).

Sor Mat. (acariciándola) No llores, Margot, yo te prometo que no irás.

Margot. (saltando de alegría) De veras? Ahora sí que me voy a jugar i a saltar a su jardín, porque en casa mamá no me deja: dice que las niñas deben estar sentadas como monjes i no saltando como locas. ¿Esto no es pecado, no es cierto? madrecita.

Sor Mat. Nó, hijita mía: puedes correr i saltar cuanto quieras; pero, aguarda (cogiendo a la niña que quiere salir), aguarda un momento, Margot, me vas a hablar con franqueza: ya sabes que las monjitas sabemos leer en los ojos de las niñas i, por tanto no pueden engañarnos. Margot, quieres a tu mamá?

Margot. (moviendo la cabeza negativamente) Este es mi pecado más grande: cuando me confieso, digo siempre: "acúsome padre, que no quiero a mamá" i el padre me dice "es posible hijita?" que no quieras a tu mamá, cuando élla te quiere tanto, te dá confites, muñecas i todo lo que tú quieres?". Yo le respondo: nó, padre, élla no me dá muñecas, sino que me manda mi tío Luis: antes me las mata cuando está brava. Entonces el padre (haciendo ademán de imitarle) dice: "En penitencia de este pecado, hoy vas a dar un beso a tu madre". Voy a casa i beso a mamá; pero ella me empuja i dice: "Quita Margot, estoy ocupada, no me molestes". Por eso no me gusta confesarle. Ay!, cierto, me olvidaba de contarle: el otro día mamá, pegó a Ester la sirvienta, i élla muy colérica, me llevó a su cuarto i me dijo: "Oíga niña Margot, esta señora, fea i mala, no es su madre: la suya es una señora linda que se llama Ana.

Sor Mat. (turbada i con entusiasmo, abraza a la niña i le grita) ¡Beatriz!

Margot. (con naturalidad) Eso es, así dijo Ester que me llamaba. Aquella noche, soñé que una señora muy bella, venía, me besaba, me decía cosas muy lindas; luego me abrazó tan fuertemente que dí un grito i me desperté.

Sor Mat. ¿Qué hicieras, Margot, si ese sueño fuera cierto?

Margot. (gozosa) Oh! yo la querría mucho, mucho a esa señora

Sor Mat. (nerviosa) Oye, Margot, esa señora, vive aquí.

Margot. (corriendo) Oh! entonces voy a verla, quiero conocerla, quiero ver si es la misma que soñé.



Sor Mat. (cogiéndola de un brazo) Espera, espera (con solemnidad) Oye, Margot, esa señora.....es tu madre que . . .

Margot. (interrumpiéndola i abrazando a la monja) Madre Matilde!, vuélvame a mi madre; quiero verla, qué linda debe ser! (se oyen pasos lejanos)

Sor Mat. Ya viene: óyeme bien, Margot, es necesario tener paciencia, porque de lo contrario, puede morirse.

Margot. (asustada) ¿morirse?, nó eso nó, sólo las mamás malas deben morirse

Sor Mat. Está muy eferma i una emoción tan fuerte como ésta, puede matarla.

Margot. Qué debo hacer para que no se muera?

Sor Mat. Es muy sencillo: ven, escóndete aquí i permanece quietecita, hasta que yo te haga una seña; entonces, sales i . . .

Margot. (interrumpiéndola) entonces la cojo (entusiasmada) i me la abrazo. Ella si se dejará ¿no es cierto?

Sor Mat. Ven, entra, ya viene (la esconde a la niña)

ESCENA VII

Ana, Sor Matilde i Laura.

(Sor Matilde se acerca a un velador a preparar una bebida)

Ana (entra apoyada en el hombro de Laura) Gracias, Laura.

Laura Yo la agradezco a Ud. señora: he pasado a su lado una hora deliciosa, es tan dulce su conversación! Yo le suplico, me invite siempre, para acompañarla en sus paseos; porque así gozo de su compañía i también me libro de rezar tanto; porque, francamente, yo no nací para monja: sólo mi pobreza me tiene aquí. [con disgusto] i con esa Madre Dorotea, apenas vé que me saco una conchita, va está diciendo, que es pecado la vanidad; pero éso sí, a escondidas, me hecho mi polvito, i en la Iglesia, mientras la madre medita, me miro en mi espejito (Se oye la campana) Pero ya tocan la campana [con cólera] a rezar y más rezar. Pero, señor, cuándo saldré de aquí [sale].

ESCENA VIII

Ana i Sor Matilde

Sor Mat. Cómo se siente Ana?

Ana. (con satisfacción) Qué bien que me ha sentado el aire del jardín: siento un bienestar desconocido.

Sor Mat. (turbada) Ana, es que siempre, el corazón avisa.

Ana. (interrumpiéndola con violencia) ¿Qué dice?, madre, por Dios. Ud. sabe algo de mi hija?

Sor Mat. (nerviosa) Si..., (Ana la toma de las manos a la monja) pero prométame que no va a exaltarse. porque podría causar le daño.

Ana (emocionada) Todo, todo le prometo, pero dígame pronto, pronto.

Sor Mat. Ya vé Ud?, está haciendo lo contrario de lo que me promete.

Ana (suplicante) Dígame por piedad!

Sor Mat. Cuánto tiempo hace que Ud. perdió a su hija?

Ana Seis años.

Sor Mat. De modo que ahora tendrá ocho, no es cierto?

Ana (nerviosa) Precisamente.

Sor Mat. Tuvo Ud., alguna vez, una sirvienta llamada Rosa Rodríguez?

Ana. (reflexionando) Sí, ese era el nombre de la que tuve en aquella época fatal, la misma que me abandonó en los primeros días de mi desgracia.

Sor Mat. (muy nerviosa) Pues bien, Ana, una mujer llamada Rosa Rodríguez, que murió aquí, hace poco tiempo, en sus últimos momentos, me hizo esta pavorosa confesión: "Soy una desgraciada: vendí a una niña de dos años i precipité"... .

Ana (fuera de sí) Ahora comprendo!, mi hija!....pero dónde, donde le dijo que estaba?

Sor Mat. No pudo terminar su confesión; pero sus últimas palabras, fueron éstas: "Doña Clara"... .

Ana. (casi inconsciente) Clara... .

Sor Mat. (muy emocionada i con la voz entrecortada) Vuelva a la niña... . Beatriz.

Ana. (frenética) Ah!, yo buscaré a esa mujer infame aunque sea en las entrañas de la tierra! (se precipita hacia la puerta).

Sor Mat. (corre hacia Ana, la hace sentar i le dá una copa de bebida calmante) Al encontrar en este momento a su hija, podría Ud. reconocerla?

Ana (exaltándose otra vez) Oh!, pero si le he visto crecer en mi imaginación, de modo que podría reconocerla desde lejos (se levanta como movida por un resorte, se arrodilla i se agarra nerviosamente de la madre. En ademán suplicante) Por piedad, madre, por lo que más ame en la vida, donde está mi hija, dónde está mi Beatriz, vive?

Sor Mat. (emocionada) Vive!

Ana. (levántándose fuera de sí) Pero dónde, dónde puedo encontrarla? Sería capaz.

Sor Mat. (después de haber hecho una seña a la niña) Aquí! (presentándola).

ESCENA IX

Sor Matilde, Ana i Beatriz.

Beatriz. (arrojándose en los brazos de su madre) Madre mía!

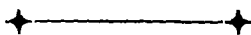
Ana. (delirante) Beatriz! (la estrecha frenéticamente contra su corazón) Beatriz, hija de mi corazón, alma de mi alma!

Sor Mat. (conmovida, levantando los ojos al cielo con entusiasmo) Oh! Dios, nada más grande, nada más divino que el corazón de una madre: con cuánta razón descendiste del Cielo para posarte en él!

Cae el Telón lentamente.

FIN DEL DRAMA.

SANCION NATURAL

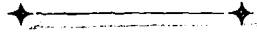


JUGUETE COMICO EN DOS ACTOS



Tulcán—Ecuador.

SANCION NATURAL



JUGUETE COMICO EN DOS ACTOS

PERSONAJES

<i>Hortensia</i>	<i>Profesora</i>
<i>Laura</i>	<i>Alumna</i>
<i>Josefina</i>	<i>Alumna</i>
<i>Graciela</i>	<i>Alumna</i>
<i>Teresa</i>	<i>Alumna</i>
<i>Ofelia</i>	<i>Alumna</i>
<i>Julia</i>	<i>Alumna</i>
<i>Ester</i>	<i>Alumna</i>
<i>Doña Elena</i>	<i>Abuela de Josefina</i>
<i>Doña Cristina</i>	<i>Comadre de Doña Elena</i>
<i>Don Tomás</i>	<i>Abuelo de Josefina</i>
<i>Doctor Meneses</i>	<i>Médico</i>
<i>Carmen Petrona</i>	<i>Sirvienta de Doña Elena</i>
<i>Manuela</i>	<i>Portera de la Escuela</i>
<i>Raquel</i>	<i>Portera de la Escuela</i>

Un Grupo de alumnas



ACTO PRIMERO

Escenario: Una sala de clases con muebles escolares.

ESCENA I

Laura i Josefina.

(Aparece Laura leyendo i junto a élla, Josefina arrimada a un pupitre).

Josefina. Deja ya, Laura, de tanto estudiar; ¿cómo es que a tí no te fastidian como a mí, esos malditos libros?

Laura. No digas éso, Josefina, los libros son nuestros amigos i maestros.

Josefina. (Con disgusto) Lo que es yo, los detesto con toda mi alma. Unó solo me gusta de todos los que conozco hasta aquí, i es el que me dijo papá, se llamaba Pedagogía, o no sé como. ¿Sabes lo que decía ese libro?: Decía que los profesores deben respetar la libertad del niño; es decir, dejarnos hacer lo que nos plazca: é es escribir racionalmente. Oh!, la libertad, la libertad, decididamente, yo nací para ser libre, completamente libre.

Laura. (Con naturalidad) Pero no ves, Josefina, que la libertad absoluta no existe, ni es posible ni conveniente que exista, porque de lo contrario; el mundo sería un caos? Toda agrupación debe tener orden para que pueda marchar bien. No has visto a la naturaleza misma, que tan pródiga es en conceder libertades, como ordena i organiza sabiamente todas las cosas que están dentro de élla?: Mira como nace i crece una planta i verás cuan armónica i ordenadamente se desarrolla; observa la vida de los animales i te admirarás del orden i armonía que existe entre ellos. No has visto a las alociosas abejas como se organizan i distribuyen entre ellas el trabajo?; no has visto también a las diligentes hormigas con qué laboriosidad i orden recopilan su alimento? Ahora bien, nosotros seres superiores a todos ellos ¿cómo podremos vivir sin orden ni armonía? Esta misma naturaleza dé que te he hablado, se encarga de conservar el orden que ha establecido: estropea una planta i la planta se secará i te negará sus frutos; come muchas golosinas i sentirás malestar i fastidio; trabaja i cumplé tus deberes i sentirás bienestar i contento, porque toda acción trae consigo sus consecuencias naturales; porque la naturaleza está siem

pre lista a responder a nuestras acciones: ésto es lo que se llama sanción natural.

Josefina (disgustada) No seas cándida, Laura, ésos son adelfcios. Lo que es a mí, no me preocupan las tales sanciones (bur-lándose) así se) naturales o artificiales; yo encuentro placer en hacer mi santa voluntad i la haré siempre, aun cuando se oponga a éllo la tal naturaleza que tú dices. (con entusiasmo) Yo no sé, yo no sé Laura, pero quisiera ser libre; libre como los pájaros. ¡Qué ha de ser: en la casa nada podemos hacer sin el permiso de nues-tros padres i aquí sin el de nuestras profesoras: que ordenarse pa-ra salir, que ordenarse para entrar, que ordenarse para todo; que una no puede irse a su casa, hasta que al señor reloj no se le antoje dar las once por la mañana o las cinco por la tarde.

Laura. [Sin inmutarse] Si nuestras profesoras nos obligan, en cierto modo, a ejercer algunas prácticas de orden i de trabajo, es porque nosotras no comprendemos todavía lo que significa la libertad consciente. Cuando todas comprendamos ésto, de seguro, gozaremos de una gran libertad, porque nadie tendrá necesidad de obligarnos a realizar ningún trabajo ni a ejercer ninguna prác-tica de orden; porque nosotras mismas lo haremos voluntariamen-te, por convicción, i así, en vez de disgustarnos el cumplimiento de nuestros deberes, nos causará satisfacción. Esta es pues, Josefina, la verdadera libertad que no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en hacer espontáneamente lo que debe. Tú has comprendido mal la libertad de que habla ese libro que me dices se llama *Peda-gogia*. (En este momento se oye la campana de la escuela)

ESCENA II

La Profesora, Josefina, Laura i un grupo de alumnas.

(Entra la profesora seguida de un grupo de alumnas, las cuales se sientran ordenadamente en sus pupitres).

Profesora. Como vosotras mismas me habéis solicitado, en esta hora, teneis derecho de elegir vuestra Presidenta. Vais a ejercer un sagrado derecho, a sintetizar en un solo nombre muchas de vuestras aspiraciones i anhelos escolares: vais a dar vuestro voto. Tomad en cuenta que éste es un acto muy serio i que, por lo tanto, teneis que revestiros de serenidad i de justicia. Meditad profundamente sobre la compañera que deba representaros, ya que en élla, vais a depositar toda vuestra confianza. No tomeis en cuenta, únicamente, la amistad o las simpatías personales, sino sus méritos i aptitudes para que, la persona que salga electa, pueda desempeñar bien la misión que le vais a encargar.

Graciela. Señorita: No crea Ud. que el acto de elegir representante en nuestro grado, lo tomemos como un juego o pasatiempo

es un deseo que ha nacido de muchas necesidades experimentadas en nuestro grado.

Profesora. Así lo creo, puesto que muchas pruebas me habeis dado ya de seriedad i de franqueza, por lo que me encuentro muy contenta de vosotras.

Todas. Gracias, gracias.

Profesora. He mirado con suma complacencia este deseo vuestro: ya porque con la elección de Presidenta os evitais muchas dificultades i llenais muchas necesidades de vuestra vida escolar, ya también, porque con ésto, os vais preparando para la vida social en general, en la que muy pronto tendreis que entrar. Ahora, vais a proceder a la elección; pero primeramente, debeis nombrar de entre vosotras, dos niñas que se encarguen de hacer el escrutinio

Julia. Yo propongo que sean las niñas Graciela Jurado y Teresa Villacís.

Todas. De acuerdo, de acuerdo, que sean.

(Reparten las papeletas las alumnas encargadas de hacer el escrutinio).

Graciela. (Después de recoger las papeletas) El resultado de la votación es el siguiente: Laura González, diez votos; Ester Ordóñez, dos votos; un voto por nadie. En consecuencia, tiene mayoría la niña Laura González. (Un murmullo de alegría se oye en todo el grado) ¿Se declara legalmente electa Presidenta del Quinto grado a la niña Laura González?

Todas. Si, si, si, si. (Hay vivas i alegría por el triunfo)

Laura. Compañeras: os agradezco sinceramente, la honrosa designación que me habeis hecho; quisiera tener las aptitudes y méritos necesarios para representaros como mereceis; pero confío en vuestra cooperación i en la buena voluntad que me asiste, para desempeñar debidamente los deberes que este nuevo cargo me impone.

Teresa. Nada tienes que agradecernos, querida Laura, puesto que tus méritos i tu modestia te hacen acreedora a la consideración de todas cuantas te rodeamos: al elegirte a tí, no hemos hecho otra cosa que proceder con justicia i nada más.

Ofelia. Margarita y yo hemos dado nuestro voto por Ester Ordóñez, a quien apreciamos mucho; pero una vez que, la mayoría de nuestras compañeras os han elegido, gustosas os reconocemos por nuestra Presidenta.

Ester. Yo agradezco mucho a las compañeras que me han favorecido con sus votos, pero creedme, yo me complazco, con el nombramiento de Laura, mucho más que si éste hubiese recaído sobre mi persona, porque estoy segura que élla sabrá desempeñar mejor que yo los deberes de este cargo.

Profesora. Ahora os dejo. Teneis media hora para festejar, como gustéis, el nombramiento de vuestra Presidenta. Ya sabéis que, dentro de los límites de lo correcto, nunca me disgusta veros alegres. (sale)

ESCENA III

Todas menos la Profesora

Josefina. (Muy disgustada se levanta i se coloca delante de todas) Compañeras, Yo he dado mi voto por nadie, no veo objeto de que exista la tal Presidenta. ¿A qué estar con esas desigualdades, cuando todas tenemos los mismos derechos?. Yo detesto todo lo que significa autoridad: acaso no tenemos suficiente con tantos que nos mandan a todas horas?. En la casa, nuestros padres i aquí, nuestras profesoras, i todavía quieren Uds. más autoridades? (con cólera) Yo protesto enérgicamente contra este procedimiento. (se oye un murmullo de desagrado).

Graciela. Mucho nos llama la atención esas palabras en boca de una compañera. Para nosotras, es indispensable tener en el grado, una compañera que nos represente: mañana mismo tenemos necesidad de invitar a la fiesta que preparamos, a las profesoras i alumnas de la Escuela "Diez de Agosto"; continuamente tenemos que contestar cartas, que de las distintas escuelas nos dirigen; organizar excursiones, paseos i tantas otras cosas. Para todo ésto es necesario que haya una compañera que represente al grado, por que de lo contrario, pasamos el tiempo discutiendo sobre cual de nosotras es la que debe encabezar estos asuntos. Laura es una persona muy sensata i nunca puede tratarnos con ínfulas de autoridad; pero, es muy natural que, una vez que espontaneamente la hemos elegido, debemos respetar sus actuaciones,

Josefina. (fuera de sí por la cólera) Pues una vez que mi voz no tiene ningún valor para Uds., pueden hacer lo que les plazca, a mi no me importa nada (golpea colérica la banca i derrama la tinta sobre su vestido, luego lo enseña con muestras del mayor disgus-

to) Ay!, todo lo malo me sucede a mi (sale) i todas se quedan riendo).

ESCENA IV

Las mismas menos Josefina

Graciela. Mientras Josefina se repone del susto i desfoga la ira, no debemos perder tiempo: cantemos, bailemos, hagamos alguna cosa para festejar el nambramiento de nuestra Presidenta.

Laura. Pero no es posible dejar aislada a Josefina.

Ester. Parece que tú todavía no conoces a Josefina: cuando élla está colérica no transige con nadie. Lo que es yo no me expongo.

Todas. Ni nosotras tampoco.

Julia. (muy alegre) Dejémonos de Josefinas, a cantar, a bailar.

Graciela. Espera, Julia, todo por su orden (dirigiendose a Laura) Vamos a cantar unas estrofitas que hemos compuesto para tí (cantan)

A nuestra Presidenta,
alegres i afanosas,
entonemos gustosas
un canto en su loor.

Su candor nos encanta,
su modestia fascina
su bondad nos anima
a imitar su virtud.

Por eso en esta hara
de plácida alegría,
nuestra honda simpatía
querémoste ofrecer:

Acepta, compañera,
nuestro sentido canto:
pues, te queremos tanto,
con todo el corazón.

Julia. Cantemos algo más alegre.

Ester. Ese San Juan que sabemos, "En nuestra Escuela la vivimos felices".



Todas. Eso es, eso es (cantan)

En nuestra escuela vivimos felices,
como vive la abeja en su panal;
anhelantes, libando de la ciencia
su dulce nectar, su nectar celestial.

En nuestra escuela vivimos felices,
sin sentir del mundo su vaivén;
cómo vive el ave en la enramada,
cómo vive la flor en el vérgel.

En nuestra escuela vivimos felices,
ajenas al dolor i a las tristezas,
como viven las cándidas palomas:
entre arrullos, amores i ternezas.

Julia. Ahora sí, a bailar, a bailar. Qué viva nuestra Presidenta!

Todas. Qué viva, qué viva. (se cogen por parejas i principian a bailar; una vez terminado el baile se oye la campana i todas salen para ir a sus casas).

ESCENA V

Josefina sola.

Josefina. (entra con una lavacara de agua i el traje manchado) Yo no sé que extraña fatalidad me persigue por do quiera (lavando el vestido) Mientras mis compañeras están alegres en sus casas, yo aquí sola i desesperada, i quién sabe hasta que hora tendré que estar aquí, porque mientras no se seque el vestido no puedo irme; i todavía, en la casa, me espera el castigo por mi tardanza. Oh!, ésto es horrible. (llora muy colérica)



NOTA.—Las primeras estrofas se adaptan a un Vals cualquiera y las segundas a un San Juan

ACTO SEGUNDO

Escenario: La sala de una casa: hay sillas, un sofá i una mecedora junto a un tocador.

ESCENA I

Doña Elena i Don Tomás.

(Aparece Don Tomás leyendo un periódico i doña Elena recostada sobre un sofá).

Elena. (preocupada mirando al reloj) Estoy intranquila, son más de las once i Josefina no viene de la escuela.

Tomás. Cálmate mujer, eres demasiado aprensible, ya vendrá. (En este momento se oyen fuertes golpes a la puerta i dolorosos quejidos).

Elena. (corriendo muy asustada) ¡Dios mío!, qué habrá pasado

Tomás. (Sale también) Pero qué es ésto, (entran conduciendo a Josefina en una camilla).

ESCENA II

Doña Elena, don Tomas, Josefina y las dos Porteras.

Elena. (muy colérica i nerviosa) Pero mujeres, digan ¿qué es lo que les ha pasado; son mudas?. Digan pronto, por Dios, qué ha pasado?.

Manuela. (sentando la camilla) Ay señora, la niña nos ha hecho pasar un susto terrible. En el segundo patio de la escuela, hay una cisterna, la cual, ha permanecido siempre tapada. La señorita Directora ha ordenado que ninguna de las niñas se acerque allí; pero la niña Josefina, desobedeciendo estas órdenes, se ha puesto a saltar i ha caído en la cisterna.

Elena. (muy colérica) Ayl, bien me repugnaba poner a mi niña en estas escuelas laicas, en donde el demonio anda suelto, i por eso sucede todo ésto (dirigiéndose a su esposo) pero este tonto del Tomás es el que tiene la culpa, que no me dejó poner a mi nieta donde las Monjitas. (dirigiéndose a las porteras) ¿Qué hacen esas profesoras, que no cuidan de las niñas que les hemos encomendado?

Tomás. (muy disgustado) Calla mujer, no seas imbécil; que diablos ni que demonios, que más demonio que tu nieta, a quien, desde pequeña, no has sabido educarla i, por un cariño mal entendido, le has consentido todas sus locuras. Si la chica hubiera estado con sus padres, de seguro no sería así; pero te empeñaste tanto en traerla contigo i la has hechodo a perder (dirigiéndose al público) Ohí, los padres, los padres, no deben confiar sus hijos a nadie, a nadie (dirigiéndose a doña Elena) En vez de estarte preocupando de las profesoras que, seguramente, no tendrán la culpa, preocúpate de esa niña que por su mala crianza, se encuentra en ese estado.

Elena. (Muy colérica) A que parecerse tiene, viejo gasmoño; ahora mismo me voi donde esas tales Profesoras que no saben cuidar de sus alumnas. Mi nieta, una niña de tanta estimación. . . .

Raquel. Pero señora, no sea injusta, cómo quiere que las pobres profesoras, anden detrás de todas i cada una de las niñas? Cuando éstas son como la suya, toda precaución es nada.

Tomás. No le hagan caso a esta vieja loca; ya arreglaré yo todas las cosas. (sale)

Porteras. (saliendo también) Con permiso.

ESCENA III

Doña Elena i Carmen Petrona.

Elena. (saliendo a la puerta) Carmen Petrona, Carmen Petrona.

Petrona. (entrando) Mande señora.

Elena. Anda corriendo donde el doctor Meneses i dile que haga el favor de venir a ver a mi nieta, que está muy mal (se acerca a arreglar a la niña)

Petrona. (aparte) Su tal Josefina, es el mismo demonio. De pura *carishina* se ha caído al hoyo i ahora si me molestan a mí i van a estar todo el día: Carmen Petrona para arriba, Carmen Petrona para abajo; pero, con todo, yo me alegro, para que es tan mala (con malicia i señalando a doña Elena) Pero a quien parecerse tiene, "de tal palo tal astilla" (acercándose a doña Elena) Señora, quién es ese tal doctor Meneses que yo no lo conozco?

Elena. (disgustada) Imbécil, no conoces a ese Médico alto i bien vestido.

Petrona. (burlándose) Pero señora, si hay tantos médicos altos i bien vestidos.

Elena. (colérica) Estúpida, no conoces al médico que vive en casa de mi comadre Pastora, mujer de mi compadre Estanislao.

Petrona. (sonriendo) Ah!, eso ya es otra cosa. I qué le digo?

Elena. Le dices que venga, que se le pagará muy bien su trabajo.

Petrona. Menos, se van a quedar como se quedan con mi mensual (dirigiéndose a doña Elena) Qué otra cosa le digo?

Elena. Dile que se apresure a venir, que la niña está muy mal.

Petrona. (con intención) Bueno, le digo que venga pronto, que la niña es muy mala.

Elena. Insolente (se arroja sobre Petrona i ésta sale corriendo).

ESCENA IV

Doña Elena, doña Cristina i Carmen Petrona.

Cristina. (entrando) Se puede?

Elena. Siga comadrita.

Cristina. (acercándose a Josefina) Qué dizque le ha sucedido a Chepita? Yo estaba pasando cuando un muchacho me dijo: "a la niña Chepita, la trajeron en andas, que le habrá pasado". Entonces, muerta de susto me entré a averiguar.

Elena. Ay calle, comadrita de mi alma, si ya no hay vida ni paciencia. Qué tiempos tan malos éstos. En nuestro tiempo tan moderadas, tan tímidas que éramos (se agacha a acomodar a la niña

Petrona. (q' se ha quedado escondida escuchando, en este momento saca la cabeza) Cierto, eran tan tímidas que... (haciéndose la cruz en la boca) Mejor, no digo nada.

Elena. (continuando la conversación) Pero ahora, las niñas tan inquietas, tan desparpajadas, i todo debido a estas escuelas, en donde, desde pequeñas, con esas tales gimnasias, las vuelven cabras.

Cristina. Cierto comadrita: yo cuanto le aconsejé que no ponga a su niña en estas escuelas.

Elena. Causa este viejo testarudo, erege del Tomás.

Cristina. Lo que es yo, comadrita, no estuve por hacerle caso al imbécil de mi marido. Que la escuela fiscal ésto, que la escuela fiscal, estotro, i yo, estate diciendo que te estaré oyendo, i mi Piedacita a la Escuela Religiosa.

Elena. Pero también supe que el otro día, se había escapado de matar, cayéndose de un columpio.

Petrona. Ah, yo creí que sólo en las escuelas laicas se caían.

Cristina. Si comadrita, dos meses estuvo en cama; pero eso fué una desgracia casual, de la que nadie tiene la culpa.

Elena. Si, así es, si la caída de mi Chepita, hubiese sido donde las monjitas, no me doliera; porque, al fin i al cabo, sufriendo con paciencia, sería una obra meritoria.

Cristina. Ahora, me voy, comadrita, estoy de apuro. Se me fué la cocinera i tengo que ir a ver pronto la merienda; porque, los señores patrones de los maridos no consideran nada: Que les den de comer i allá se lo hayan.

Petrona. (sacando la cabeza de su escondite) Luego les hacemos falta.

Cristina. (levantándose) Hasta luego comadrita.

Petrona. (burlándose) Buen consuelo les ha venido a dar.

Elena. Volverá comadrita.

Cristina. (dirigiéndose a Josefina) Hasta luego Chepita, que te mejores pronto (Josefina alzó los hombros i no contesta nada).

Elena. (dirigiéndose a su nieta) Pero contesta, hijita (riéndose) qué niñita ésta.

Petrona. I se lo sabe el Carreño como el agüita (siente salir a doña Cristina i se va corriendo).

ESCENA V

Doña Elena, don Tomás i Josefina.

Tomás (entrando) No ha venido todavía el Médico?, por qué será que tarda tanto en venir?. Soy capaz de ir personalmente a traerlo.

Elena. Eso pues, en lugar de estar aquí peleando conmigo, ya has debido irte cuanto antes. (cambiando de voz) Ya ves que estas maestras me han escapado de matar a mi niña, i sin embargo, tú las defiendes. (Josefina llora). Calla amor mío, ya no irás más a esas escuelas, te voy a poner donde las monjitas.

Josefina. (exasperada) Yo ir estar encerrada?, nunca, nó, nó iré.

Elena. Calla mi bien, entonces no irás a ninguna parte. Ni es tan necesario saber tantos adefecios que enseñan actualmente,

en las escuelas. Yo no he sido tan leída i sinembargo, en dirigir mi casa i criar a mis hijos, nadie me aventaja; i más que todo, les enseño el Carreño, que me lo sé como el agua.

Tomás. (burlándose) Sí, claro, la prueba está en la mano.

Elena. (disgustada) Tú te complaces en llevarme siempre la contraria, por más que yo tengo razón en todo: si no, dime ¿de qué le sirven esas tales gimnasias? En mi tiempo no había nada de ésto, ni nos hacían parar de cabeza, ni nos hacían torcer el cuerpo como melcocha, i sinembargo, las jóvenes de mi tiempo éran mos tan esbeltas como palmeras.

Tomás. (burlándose) Sí, me consta, por éso tenías que ajustarte con el corset hasta reventarte, i ahora eres tan pesada que no puedes dar un paso sin cansarte. Pero estoy perdiendo el tiempo discutiendo contigo. Voi por el médico. (sale)

ESCENA VI

Doña Elena i su nieta.

Elena. (se acerca a la niña, la acomoda i la acaricia) Calla, hijita, por más que al viejo de tu abuelo no le guste i me dé camorra todos los días, no volverás a esas escuelas laicas, en donde, si ahora te han quebrado la una pierna, mañana te emparejarán la otra.

Josefina. (abrazando a su abuela) De veras? ¡qué gusto abuelita! Ya no volveré a estar esclava de esos malditos libros.

Elena. Nó hijita, ahora te voi a enseñar cosas de mujer, que es lo que te ha de servir para la vida: a aplanchar.....

Josefina. Oh, eso nó, trabajo muy duro, muy pesado. El rato menos pensado, una quemadura.....

Elena. A coser.....

Josefina. Peor, (rogiéndose las caderas) Ay, con oír nombrar máquina me duelen los riñones.

Elena. Entonces a cocinar....

Josefina. Jesús! qué oficio tan sucio: estar hediendo a cebolla, llena de carbón los vestidos, qué asco.

Elena. Pero hijita, si llegas a ser madre de familia, ¿cómo vas a cumplir con tus obligaciones?

Josefina. (con naturalidad) He de hacer lo que Ud. hace aquí en la casa: que barra, la Carmen Petrona; que cocine, la Car-

men Petrona; que aplanche, la aplanchadora; i que cosa la costurera: está todo arreglado.

Elena. (ríendose) Hija mía, eres todo un talento. (levantándose i mirando al reloj) Más de media hora que se fué esa maldita Carmen Petrona en busca del médico, i no asoman ni el chasqui ni la maleta. Estos médicos, así como son prolijos para cobrar los dos sures de la visita, que fueran para venir a atender a los enfermos. Pero que, en este tiempo, los médicos más lo que hacen costear con sus específicos tan extravagantes i no por que curan. No antes, con agüitas vejetales, huataplasmas i unturas, en dos por tres, sanos i buenos.

ESCENA VII

Doña Elena, el Médico i Carmen Petrona.

Petrona. (entrando) Ya estamos aquí.

Médico. (saluda i dá la mano a la señora) Buenas tardes, señora, estoy a su llamada.

Elena. (brindándole asiento) Tome asiento, Doctor, con ansia le hemos estado aguardando (mientras el médico se sienta, doña Elena se dirige a Petrona) Pero mujer, por qué has tardado tanto?

Petrona. (alzando los hombros) Por mi no ha faltado. pregúnteselo al Doctor. (mientras la señora conversa con el médico, Petrona se acerca al tocador: se mira al espejo, se pone polvo, se pinta los labios, luego se sienta i principia a mecerce).

Elena. (dirigiéndose al Médico) No fué por allí a buscarle Tomás?.

Médico. No sé, señora: Estaba fuera de casa, donde la señora Isabel i es allí donde su sirvienta fué a llamarme. Pero qué ha pasado?

Elena. Qué ha de pasar, que casi me han matado a mi nieta.

Médico. (Se levanta asustado) Qué dice?, pero qué es lo que le han hecho?

Elena. (disgustada) Qué le han de hacer, que ésas tales Profesoras, que no hacen caso de cuidar a las niñas, han hecho caer a mi Chepita en un pozo.

Médico. (se acerca a examinar a la niña) Veámos a la enferma:

Elena. (Elena dirigiéndose a Petrona) Qué haces allí mal fajada, que no vas a ver pronto la merienda?

Petrona. (disgustada) Qué he de ser bien fajada, si no tengo que fajarme; porque desde que vine aquí no me han dado un bol-sicón: he acabado todos los que tenía (suspirando con tristeza) ay!, hasta mi solferino que era de ir a misa los domingos.

Elena. (colérica) Lárgate de aquí o te rompo la cabeza.

Petrona. (sale corriendo i desde la puerta dice:) Si no viene pronto el señor don Tomás, creo que el médico no saldrá de aquí con vida. Pero lo que he de estar aquí discutiendo con mi señora doña Elena, me iré a la cocina a discutir con mis ollas.

Médico. (sigue examinando a la niña, la cual grita desaforadamente; luego se dirige a doña Elena) Tiene una fuerte lesión en la pierna derecha (vuelve a examinar) ah! caramba, tiene fracturado un hueso de la pierna i se hace necesario una inmediata operación. Yo carezco de aparatos adecuados para ésto, así es que, si Ud. desea, no hay más remedio que conducirla al hospital

Elena. (asustada) ¡Que horror!

Josefina. Ay, abuelita, por Dios, que me curen aquí no más, yo me moriré de miedo en ese hospital.

Elena. Ya vé, doctor, lo que son las maestras de este tiempo. En lugar de tener a las niñas sentadas como mujeres, estudiando sus lecciones, con esas tales gimnasias las vuelven cabras, i a que horas han de enseñar nada, mientras andan de arriba a bajo, hechas las de las tales *incursiones* o nó sé cómo llaman éllas.

Médico. (disgustado) Calma, señora, la culpa nó será seguramente de las profesoras: ésta es una desgracia casual, como cualquiera otra; por que ya vé, en la casa, donde las mamás no tienen que atender sino a pocas niñas, suceden tantas desgracias, cómo evitarlas en la escuela, donde cada profesora tiene que entenderse con cuarenta, cincuenta o más alumnas?. Con que volviendo a nuestro asunto, se resuelve Ud. llevar a la niña al hospital?.

Elena. (Disgustada) Ay doctor, no sea tan desconsiderado, como es posible; una niña criada con tanto mimo i estimación.....

Médico. (interrumpiéndola) Precisamente, señora, estas son cosecuencias de esos mimos i estimaciones mal entendidos; porque algunas mamás, por un ciego cariño, no corrigen los defectos de sus

hijos desde pequeños, i cuando éstos van a la escuela, ya con malos hábitos muy arraigados ¿cómo quiere que se entiendan las pobres profesoras?

Elena. (disgustada) Le agradezco su visita, doctor, mi hija no irá al hospital.

ESCENA VIII

Doña Elena, don Tomás, el Médico i Josefina.

Tomás. (entrando) Buenas tardes. ¿Cómo está Ud. doctor?

Médico. (estrechando la mano de don Tomás) Bien i Ud.?

Tomás. Aquí, bastante preocupados con el incidente ocurrido con esta chica.

Médico. Es de gravedad: tiene fracturado un hueso de la pierna derecha, i por consiguiente, se hace necesaria una inmediata operación quirúrgica.

Tomás. (asustado) Tan grave es doctor?

Médico. Pues si señor, en este momento, decía a la señora, que es necesario llevar a la niña al hospital; porque yo carezco de aparatos adecuados para una operación de esta naturaleza.

Tomás. Pues si es necesario, doctor, qué vamos hacer, la haremos llevar en seguida.

Elena.. (colérica) Nó, yo no consentiré: acaso no tenemos dinero suficiente para pagar a éstos tales médicos?

Tomás. (disgustado i con voz enérgica) Calla mujer, no hables disparates. (mientras la señora se acerca a arreglar a la niña, don Tomás se pone a conversar con el médico)

Médico. No quise asustar a la señora, pero a Ud, le prevengo; la cosa es muy grave. Indudablemente, la niña vá a quedar coja de la pierna derecha.

Tomás, (muy asustado) ¿Qué dice doctor?. ¡Oh! yo no creí de tanta gravedad. Le prometo pagar a Ud. lo que me pida, pero haga lo posible para que mi nieta no quede coja. Qué dirán sus padres cuando lo sepan!

Médico. No puedo ofrecer a Ud. ésto, pero haré cuanto esté a mis alcances.

Tomás. (disponiendose a salir) Voy a arreglar todo para pararla al hospital lo más pronto posible.

Elena. (Colérica) Eso no lo verás.

Médico. (dirigiéndose a don Tomás) Vámonos juntos (toma su sombrero y sale) Con permiso de Ud. señora.

Elena. (entredientes y con desprecio) Siga.

Tomás. (habla Tomás desde la puerta) Ya vuelvo

ESCENA IX

Doña Elena i Josefina.

Josefina. Por Dios abuelita, tengo unos dolores insoportables.

Elena. (abrazando a su nieta) Pobre nenita mía. Ahora que salió ese hereje de tu abuelo, voy a mandar a llamar al sacerdote, para que arregles tu conciencia.

Josefina. (sorpresa) Qué dices abuelita? acaso voi a morirme?

Elena. (acariciándola) No hijita, pero te ván a hacer la operación, i acaso haya algún peligro.

Josefina. (Colérica) Nó, no abuelita, yo no quiero, yo no quiero.

Elena. (sorpresa) Me asustas Josefina, acaso vas a salir con las ideas de ese hereje de tu abuelo? (sale del cuarto)

ESCENA X

Josefina, sola.

Josefina. (con angustia) Oh!, era lo único que faltaba: me ván a hacer confesar, i no siquiera tras las rejas del confesionario, como se hace en la Iglesia, (cubriéndose la cara con las manos) si no cara a cara. Esto es horrible (llora).

ESCENA XI

Don Tomás i Josefina.

Tomás. (acercándose a su nieta) Cómo sigues Chepita?

Josefina. Mucho me duele, abuelito (cambiando de voz) pero estoy contenta, sabes por qué? Porque abuelita acaba de decirme que no me vá a mandar mas a la escuela.

Tomás. (Con firmeza) Nó, hija mía, irás i a la misma escuela. No vuelvas a decirme otra vez, ya sabes que en mis resolu-

ciones soy inflexible. Lo que te ha sucedido que te sirva de lección en lo posterior.

Josefina. (cogiendo las manos de su abuelo i en ademán suplicante) Abuelito, por Dios, me ván hacer confesar . . .

Tomás. (con indiferencia) En eso yo no me meto, tu madre sabrá lo que hace. (sale)

ESCENA XII

Josefina i Carmen Petrona.

Petrona. (entra con una taza en la mano) Niña Josefina, le manda su mamá esta taza de agua de torongil (con malicia) pero es para que se prepare para la confesión.

Josefina. (disgustada) Si es así no la tomo.

Petrona. Ah!....de modo que la niña no quiere confesarse no; pero razón también; qué se ha de confesar (burlándose): si su mamá dice que Ud. es un angelito.

Josefina. (con angustia) Pero Carmen Petrona, qué hago en este trance tan apurado. Si la lesión fuera en el brazo, echaría a correr apenas entre el señor Cura; pero si no puedo ni moverme (haciendo esfuerzos por levantarse) Qué hago, qué hago por Dios, Carmen Petrona.

Petrona. (burlándose) Yo creo niña Chepita, que no le queda más remedio que declarar al señor Cura todas sus picardías.

Josefina. (desesperada) Oh!, ésto no puede ser, por lo menos, que me tapen la cara para que no me vean.

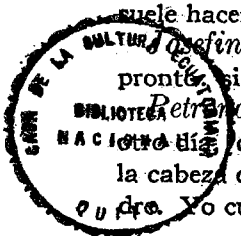
Petrona. (burlándose) De modo que cuando la niña se alienate, vá a andar siempre con la cara tapada no.

Josefina. Petrona, tú eres muy inteligente i otras veces me has sacado de apuros: indícame, por Dios, équé debo hacer en este caso?

Petrona. Si me promete que no ha de samarrearame más, como suele hacer injustamente, le daré un consejo.

Josefina. (entusiasmada) Todo, todo te prometo; pero dime pronto, si me parece que ya le veo venir al señor Cura.

Petrona. Se acuerda, niña Chepita, del caso que le conté el día de la confesión de los dos negritos? (Josefina indica con la cabeza que sí). Pues haga como ellos: El negar es padre i madre. Yo cuantas veces he salido del apuro.



Josefina. (con alegría) ¡Ya!, ya, te he comprendido: ahora si que me sacaste del Apuro, Carmencita, Petronita.

Petrona. (aparte) Ahora si, Petronita, Petronita, así son las cosas de este mundo.

Josefina. Anda a espiar Petronita, i apenas lo mires asomar a la esquina, vienes corriendo a avisarme.

Petrona. (aparte) Sí, Petronita, Petronita i no sabe que con el consejo que le he dado para la confesión, se la ván a cargar los mismos diablos. (sale)

ESCENA XIII

Josefina sola.

Josefina. (Se oye golpear la puerta, Josefina se pone muy nerviosa i exaltada: se toma de prisa el agua de toronjil, se sienta varias veces, se pone la mano al corazón). Ya viene, ya viene.

ESCENA XIV

Josefina i Laura.

Laura. (entrando) Puedo visitarte?

Josefina. (respira con satisfacción) Entra Laura, (Mirándola con envidia) ¡Oh!, que feliz eres.

Laura. Pobre amiga mía, como te sientes?

Josefina. (muy triste) Yo, mal, muy mal; no puedes imaginarte, Laura, la magnitud de mi desgracia: el médico dice que tengo fracturado un hueso de la pierna derecha i que es necesario que me conduzcan al hospital, para hacerme allí la operación.

Laura. (asustada) Que horror!, quien hubiera pensado que iba a ser de tanta gravedad la caída.

Josefina. (con acento doloroso) ¡Oh! i mañana la gran fiesta en la escuela, por ser día de la Directora i mientras Uds. gozan i se divierten, yo, aquí en medio de atroces padecimientos.

Laura. Amiga mía, todas tus compañeras deploramos tu desgracia. Ya ves, Josefina, todas las cosas que te suceden no son sino consecuencias de un acto de desobediencia. Convéncete Josefina, en nuestra vida no existen acciones aisladas: todas traen consigo sus consecuencias naturales, buenas o malas, según aquéllas. Esta es pues, Josefina, la sanción natural, de la que tantas veces te he hablado i tú siempre te has burlado

Josefina. (abrazo conmovida a su amiga) Oh! Laura, Laura, amiga mía, ya la he comprendido, i más que todo, la he sentido tan terriblemente, que no la olvidaré jamás.

FIN



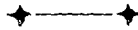
TERNURAS INTIMAS

DRAMA EN DOS ACTOS



Tulcán—Ecuador.

Ternuras Intimas



DRAMA EN DOS ACTOS.

PERSONAJES

Elisa

Enma

Isabel

Flora

Blanca

Clara Luz

Aurora

Magdalena

Ermelinda

Madre de Enma

Vecina de Elisa

Tía de Enma

Amiga de Enma

Amiga de Enma

Amiga de Flora

Hija de Aurora

Sirvienta de Flora



ACTO PRIMERO

Escenario: Un dormitorio muy pobre, en el cual se vé una sola cama, junto a ésta, una mesa pequeña; de la pared pende una estampita de la Virgen.

ESCENA I

Enma i su muñeca.

(Aparece Elisa dormida en una cama; cerca de élla una niña de siete a ocho años, juega con una muñeca grande, de trapo).

Enma. (acariciando su muñeca) Mira chiquita, ahora no tengo tiempo de tenerte en las faldas, porque mamá está muy enferma: tengo que desempeñar los deberes de casa. Si tú fueras una niña más amorosa, en lugar de quedarte sentada, me ayudarías a preparar la comida de mamá (se acerca, con la muñeca en los brazos, sin hacerle ruido, a la cama de su madre i la contempla de cerca) Pobre mamacita mía! (suspirando) Ay!, si yo pudiera trabajar, ya hubiése ido a llamar al Médico; pero dicen que cobra dos sures por cada visita i no tenemos.

ESCENA II

Enma i Blanca

Blanca. (entra llevando en brazos una muñaca de marfil) ¿Qué haces, Enma?

Enma. Aquí, aconsejando a Lili como debe portarse.

Blanca. (disgustada) Deja esa muñeca horrible. Qué fea es! Toma, juega con Pepita (presentándole su muñeca) No te repugna mirar a tu Lili junto a este primor? (besa a su muñeca).

Enma. (retirando la muñeca que le ofrece) Blanca, no insultes a Lili que ningún daño te ha hecho (acariciándola). Calla, mi bien, yo te quiero mucho, mucho: como mamá me quiere a mí.

Blanca. Mamá ha comprado para mi Pepita: cinco vestidos de seda, tres boínas i cuatro pares de zapatos, i tu Lili, sólo con esa

bata: sácale, ya pasó de moda.

Enma. Calla, Blanca, no insolentes a Lili; élla es todavía una niña i no entiende de modas.

Blanca. Oye, Enma, yo vengo a invitarte: me voy a pasear en carro, con mi mamá i mi nodriza; llevamos peras, naranjas, galletas, confites i tantas otras cosas. Deja ese adefesio de Lili i vamos (cogiendo a Enma por el brazo)

Enma. (soltándose) Nó, Blanca, cómo te imaginas que voy a dejar sola a mamá?

Blanca. Pero si está dormida. . . . Ojalá que la mía se durmiera así todos los días. Qué gusto!, podría irme donde quiera; pero yo creo que mamá no duerme nunca.

Enma. Nó, yo jamás puedo irme sin el consentimiento de mamá, i ahora, aunque me diera no me iría: está enferma.

Blanca. (disgustada) Enma, no se puede tratar contigo: no quieres salir con Blanca de la Rosa, la hija de todo un Coronel..... Yo quise darte ese honor, pero tú no quieres. Adios. (sale)

ESCENA III

Enma sola.

Enma. (acostando a su muñeca) Ven a dormir, Lili, tengo que hacer (se acerca a su madre i la besa en la frente) Pobre mamacita mía! Ahora voy a arreglar el cuarto (barre, arregla i coloca unas flores sobre la mesa). A mamá le gustan tanto (se sienta junto a su madre, luego cae de rodillas delante de la imagen de la Virgen): Virgen Santa, (juntando las manos) Has que mi mamacita se aliente, ésto te dá pena oír cómo se queja cuando yo salgo? (se levanta i se sienta pensativa junto a su madre)

ESCENA IV

Elisa i su hija

Elisa. (despertándose) Ay! ay.

Enma. (abrazando i besando a su madre) ¿Qué te duele? mamacita, ¿cómo sigues?, ¿te ha aliviado la cabecita?

Elisa. (abrazando con frenesí a su hija) Sí, angel mío, ya estoy bien (esforzándose por sonreír i mirando a la mesa) I esas flores?

Enma. Las pedí donde la señora Inés i las he puesto ahí por que sé que te gustan.

Elisa. (besando a su hija) Gracias, amor mío.

Enma. Ya vuelvo, mamá (sale)

ESCENA V

Elisa sola

Elisa. (cogiéndose con angustia el corazón) Dios mío, dadme almenos valor para ocultar mis horribles dolores, a ese angel que me has dado; nó, los ángeles no pueden ser más buenos que mi hija. Pobrecital, cómo se desespera, cómo las lágrimas nublan sus divinós ojitos, cómo los sollozos, por más que élla quiere ocultarme, anudan su garganta cuando oye que me quejo (con desesperación) Dios mío! (juntando las manos, suplicante) Dios mío!, dadme la vida, por élla, para élla (queda con el rostro entre las manos; despúes de un momento, registra con afán una pequeña cartera) Cinco centavos, i mañana... ¿qué va a ser de nosotras, que vá a ser de mi hija?, es tan tierna (solloza)

Ya no me queda nada que vender: todo se ha rematado en las contadurías.

ESCENA VI

Elisa i su hija

Enma. (Enma entra llevando una taza de agua azucarada i una cafinervina) Toma, mamacita.

Elisa. (sorprendida) Pero... ¿qué es ésto?

Enma. Es una agüita de azúcar, que traigo para que tomes con esta cafinervina. Siempre te oído decir que ésto alivia la cabeza:

Elisa. Pero con qué has comprado?

Enma. No me preguntes, mamá es un secreto.

Elisa. (sonriendo) Si no me avisas no tomo.

Enma. Pues bien, mamá, ya que tanto te empeñas: Hace dos meses que he ido guardando los medios que tú me dabas los domingos.

Elisa. Para qué?

Enma. Para comprar una cosa i obsequiarte en el día de tu

Santo, que ya se acerca.

Elisa. (abrazando emocionada a su hija) Angel mío, qué buena eres!

Enma. Pero como ví, hoy demañana, que ya no tenías, he sacado un real de mis ahorros.

Elisa. Amor de mi alma (ambas lloran)

Enma. (besando a su madre) Pero toma, mamácita mía.

Elisa. (toma algunos bocados de agua con la cafinevina i el resto dá a su hija) Toma, toma este poquito tú; es muy tarde i seguramente, todavía no has desayunado.

Enma. (toma el agua i pone la taza sobre la mesa) Mamá, cuándo regresa papá? Qué viaje tan largo! I dijo que no se iba a demorar. Papá era tan bueno!

Elisa. (con tristeza) Ya vendrá, hijita mía.

Enma. (mirándola) Parece que todavía tienes sueño, duerme mamácita mía; así no sientes los dolores.

Elisa. Anda juega un ratito, mientras yo descanso.

ESCENA VII

Enma sola.

Enma. (saca del cajón de la mesa un papel) Mientras mamá duerme, voy a leer la carta que me escribió papá (desdobla el papel, lo besa i principia a leer) "Enma, vida mía: La imagen de tu mamá i la tuya me acompañan por donde voy. Pronto estaré allá; te voy a llevar unas muñecas que te encantarán, porque saben llorar i decir mamá. Piensa siempre en tu papacito, Jorge". Oh!, papacito mío, con tal que regreses, aun cuando no me traigas las muñecas mágicas que me prometes. Deben ser muy lindas; pero más lindo eres tú i sobre todo, te quiero tanto. Por otra parte, tengo también a René (saca una muñeca de marfil que tiene guardada en una caja) Es regalo de papá i por éso no quiero que llegue el mosco. (enseñándola) La tengo tan nueva como en el día en que me la regaló. (acariciándola) René, mucho te quiero; te quiero más que a Lili, pero no quiero sacarte porque te has de ensuciar (la besa i la guarda)

ESCENA VIII

Enma e Isabel.

Isabel. (golpeando la puerta muy quedo) ¿Se puede?

Enma. Siga señora, pero sin hacer ruido porque mamá está dormidita.

Isabel. Ah, caramba, yo que tenía que hablar urgentemente con la señora Elisa

Enma. Si puedo saber yo, dígame, para avisarle apenas se despierte.

Isabel. Sí, me le dices, que es mi vecinita, que haga el favor de mandarme a pagar los cuatro sucecitos que me debe, por los comestibles que ha mandado a traer a mi tienda. A mí me ajustan por un quintal de azúcar que fie i me hacen falta esos cuatro suces para completar la deuda

Enma. (llorando) Vea, señora Isabelita, por Dios, no diga ésto a mamá: se morirá de pena, no tenemos con que pagarle.

Isabel. (disgustada) Qué voy hacer: a mí también me matarán mis acreedores.

Enma. (acercándose a la mesa i cogiendo su muñeca de marfil) Tome, señora, pero que mamá no sepa hasta cuando se aliente (se acerca a contemplar a su mamá, i volviendo luego) Papá dijo que la había comprado en diez suces; de modo que, deme algo más, para curar a mamá (con tristeza) i llévase mi muñeca.

Isabel. Pero ya está usada: un sucre te daré, si quieres, para que vayas a traer algunas cosas de las que tengo en mi tienda.

Enma. (antes de entregar a su muñeca, la abraza i besa llorando) Adios, Renecita mía; si no fuera por mamá, yo no te vendería ni por todo el oro del mundo.

Isabel. (cogiendo la muñeca) Creo que he hecho un buen negocio. Oh! qué gusto vá a tener mi hija, que vivía aficionada de esta muñeca.

Enma. (suplicante) Señora, haga el favor de prestarme unos tres sucecitos, para curar a mamá; si ella no puede pagarle cuando se aliente, le pagaré yo, haciéndole los mandados.

Isabel. (burlándose) "Hasta que venga el bizcocho, ya no hay muelas". Tú, criada como niña bonita, qué has de saber nada. Antes de irse tu papá, Uds. vivían en medio de las mayo-

res comodidades; ahora no más les ha venido la pobreza: así es; la fortuna. . . . Me voy, no vaya a despertarse tu mamá (sale)

ESCENA IX

Enma sola

Enma. (llorando) Pobre René, como la tratarán. René de mi vida, cómo podré mirarte ajena?

ESCENA X

Enma i Flora

Flora. (entra i abraza a Enma) ¿Cómo estas Enmita?

Enma. (abrazándola) Buenas tardes, tía Flora.

Flora. ¿Cómo sigue tu mamá?

Enma. (triste) Está mal, muy mal.

Flora. ¿Se puede verla?

Enma. En este momento está, dormida, yo no quiero que se despierte: le duele tanto la cabecita.

ESCENA XI

Elisa, Flora i Enma

Elisa. Vén, Flora ya estoy despierta.

Flora. (se acerca i la abraza) ¿Cómo sigues Elisa

Elisa. (sentándose con dificultad) Ya estoy mejor.

Enma. (se acerca presurosa, abraza i besa a su madre) ¿Cómo sigues mamacita?

Flora. (dirigiéndose a Enma) Anda, hija mía, a jugar al patio: tengo que hablar a solas con tu mamá.

Elisa. Anda, amor mío, a jugar un ratito, ahora que tengo compañía. Pobre angelito, hace quince días que no se separa de mi lado.

Enma. Con permiso (sale)

ESCENA XII

Flora i Elisa.

Elisa. Temo que se me enferme: está pálida i con unas ojeras enormes. Muchas veces, durante mis largos sopores, la siento sollozar i ésto me parte el alma.

Flora. ¿Qué has sabido de mi primo Jorge?

Elisa. (deseconsolada) Hace cinco meses que no recibo carta, ni tengo ninguna noticia: debe haberle sucedido algo grave, algo que le impida comunicarse con nosotras: él tan bueno, tan cariñoso, nunca puede ser por ingratitud que no nos escribe. En la última carta que me escribió de Panamá, me anunciaba que muy pronto estaría aquí. Yo creo que en ésto hay un misterio horrible. Dios mío! (lora)

Flora. No te desespere, Elisa, aquí estamos sus parientes para socorrerles.

Elisa. Yo no me desespero por mí, nó, mi suerte ya está definida: muy pronto, la muerte, única realidad halagadora del que sufre, pondrá fin a mis dolores. Pero mi hija... mi Enma... cuando pienso en élla, no puedo no puedo resignarme (lora desesperadamente)

Flora. Calla, Elisa, no te desespere: precisaments, para hablarte de Enma, cuya suerte tanto me importa, es que he venido

Elisa. (sorprendida) ¿Qué dices?

Flora. Oyeme sin exaltarte, reflexiona tranquilamente, con serenidad i decide la suerte de tu hija.

Elisa. (exaltada) Oh!, por élla, por élla, qué no podré hacer yo?

Flora. Ya sabes el parentezco que me une al padre de Enma; ahora bien, por él, por élla i por tí voy a proponerte lo siguiente:

Elisa. Habla, habla pronto, sin rodeos: me tienes en una ansiedad indefinible.

Flora. Elisa, tú no desconoces que tu enfermedad es muy grave i que, por tanto, demorará mucho tiempo tu curación. Por otra parte, estás tan pobre que no podrás atender a tu subsistencia i a la de tu hija.

Elisa. Sí, así es, tú eres de confianza, ¿para qué ocultarte?: no dispongo ya de un solo centavo.

Flora. Mira Elisa, (con acento conmovido) yo quiero salvar a Enma de la miseria que la espera; quiero arrancar al infortunio i a la muerte esta inocente víctima: quiero llevarme a Enma...

Elisa. (interrumpiéndole con frenesí) ¡Jamás!, ¡jamás! (delirante) Yo separarme de mi hija, nunca!, nunca!

Flora. Mira, hija, no te dejes llevar de esos arrebatos emoti-

vos que pueden ocasionarte males muy graves. Te repito, que medites con serenidad: llevándome yo a Enma, en seguida te hago conducir al hospital, en donde, como tú sabes, no te aceptarían con ella.

Elisa. Por ella, por no dejarla sola, es que no me he propuesto ir allá.

Flora. Te vas al hospital; allí te estás hasta cuando estés completamente restablecida, entonces sales i te entrego a tu Enma, fresca i robusta, porque como tú sabes, en mi casa vá a estar en medio de las mayores comodidades.

Elisa. (con resolución) Nó, yo no me separaré de mi hija ni por un instante. Mira, Flora, ya q' interesas tanto por la suerte de mi hija, espera (con desesperación) presiento que mi pecho, impotente para sostener las terribles luchas de mi espíritu, pronto estallará. No está lejano el día en que se cierran para siempre mis cansados ojos, que han llorado tanto.

Flora. Elisa, perdona que te llame egoísta: sólo piensas en tí i en el dolor que te causará la separación de tu hija, i no piensas en ella, i no piensas en lo que sucederá a Enma, durante el tiempo que dure tu penosa enfermedad. No mides las consecuencias de tu egoísmo: si se prolongan para Enma estos letales días, aquella débil flor que ya está marchita, morirá, i morirá por tu culpa i talvez antes que tú.....

Elisa (interrumpiéndole) Basta, basta, llévala, pero llévala pronto, antes que este ambiente mortífero la mate (fuera de sí) Enma, angel mío.

ESCENA XIII

Elisa, Flora i Enma

Enma. (entrando presurosa) ¿Me llamabas mamá?

Elisa. (con voz entrecortada por la emoción) Sí, sí, bien mío vén, vén a mis brazos (abraza i besa a su hija con desesperación) Ay!, talvez por última vez

Enma. (retrociendo espantada i arrojándose luego en brazos de su madre) ¿Qué dices? (con desesperación) Mamacita mía!, mamacita mía!

Elisa. Enma, con (voz entrecortada) Angel mío, es necesario, es necesario, me voy al hospital, te irás con tu tía Flora.

Enma. (fuera de sí, mirando a su madre) Mamacita, mamacita adorada (agarrándose frenética a su madre) Yo iré contigo: suplicaré, lloraré, lloraré tanto que se apiadarán de mí i me harán entrar (Elisa llora sin poder contestar nada).

Flora. (cogiendo a Enma) Sé razonable, Enmita, no desesperes así a tu madre. Si se muere, tú serás la responsable, porque no dejas que se vaya al hospital. Ahí atiende bien i en pocos días, estará curada.

Enma. (abrazando a su madre con desesperación) Mamacita mía!, por tí, haré todo, todo.

Flora. (levantándose) Pero estamos perdiendo un tiempo precioso. Vamos, Enmita, para poder conducir pronto a tu madre al hospital (cogiendo a Enma) Vamos, hijita mía, estas emociones pueden ser fatales para tu madre.

Enma. (arrojándose otra vez en brazos de su madre) Mamacita mía! (ambas se confunden en un estrecho abrazo i por un momento no se oyen más que sus sollozos).

Flora. (separando casi por fuerza a Enma de su madre) Vamos, Enma.
(Elisa queda sin sentido. En la calle se oye una música lúgubre.)

Cae el telón lentamente.



ACTO SEGUNDO

Escenario: Una sala ricamente amueblada.

ESCENA I

Enma Solo.

Enma. (aparece rodeada de muchos juguetes i vestida lujosamente) Lindo debe ser todo esto (señalando los juguetes) pero sin mi madre, yo no quiero nada. Oh!, pobre mamacita

mía, a tu lado era feliz, aun cuando no tenía juguetes i muchas veces sentía hambre (con desprecio) Estos vestidos de seda, estos juguetes que me dán, para que no te vea, para que no te nombre, nó, no los quiero; yo anhele estar junto a tí, con mi vestidito viejo, con mis zapatitos rotos; pero sintiendo tus caricias, recibiendo tus besos, enjugando tus lágrimas. (llorando) Mamacita mía, cuánto llorarás, sin quien te consuele, sin tener quien enjague tu llanto (sienté pasos); apresuradamente se limpia los ojos i coge una muñeca) Ya viene mi tía; élla se disgusta cuando me ve llorar (mirando hacia la puerta) Ah!, no es élla, es Ermelinda.

ESCENA II

Enma i Ermelinda.

Ermelinda. (mirándola) Ya está llorando, niña Enmita, ya sabe que a la señora le disgusta que Ud. lllore.

Enma. (con inocencia) Pero mi tía Flora, no habrá tenido mamá?: élla no sabe cuánto se quiere a las mamás.

Ermelinda. Sí, pero que saca Ud. con llorar?: con éso no la mejora.

Enma. Pero, por qué me prohíbe mi tía que nombre a mamá i quiere que a élla le diga mamá?. Yo no le digo: en la vida, no tenemos más que una mamacita.

Ermelinda. Ella hace ésto, por su bien; quiere hacer pasar a Ud. por hija suya, para dejarle esta casa i todas las propiedades que élla tiene.

Enma. Nó, yo no quiero casas ni propiedades; lo único que quiero es estar con mi mamacita. ¿Por qué no me mandan a verla al hospital?. Mi tía, así nos ofreció a mamá i a mi, cuando me trajo i hasta ahora, ni una sola vez.

Ermelinda. (aparte) Yo creo que de esta chica, no sacamos tajada.

Enma. (suplicante) Vé, Ermelinda, por Dios, calladito de mi tía, llévame a ver a mamá; un ratito, nada más que un ratito. Si supieras cuánto deseo tengo de verla!, tendrías pena i me llevarías. Todas las noches, en el sueño, la veo llorar mucho; yo quiero arrojarme en sus brazos i consolarla; pero me sostienen de atrás i no me dejan acercar.

Ermelinda. (aparte) Ay, por ratos, me parte el alma lo q' dice esta niña; pero, cómo voy a perder el apoyo de mi señora? (dirigiéndose a Enma) Nó, no puedo.

Enma. Ya viene mi tía, no quiero que me vea; estoy llorada. (sale)

ESCENA III

Flora i Ermelinda.

Flora. Qué tal, Ermelinda, cómo vá la niña?, ya está olvidándose?.

Ermelinda. No crea señora, qué niña tan racional: parece una vieja.

Flora. Tan tonta dirás: no querer estar aquí; en medio de lujo i comodidades. ¿Cómo seguirá Elisa?.

Ermelinda. Dicen que esta lo mismo; hace ocho días que no he ido a verla.

Flora. De élla no me dá cuidado, porque todos los médicos la han desauciado: morirá irremediamente; pero esta chica, yo creí que después de ocho días, con halagos i caricias, se olvidaría completamente de la mamá.

Ermelinda. Yo ya tengo miedo de ir al hospital, porque la señora Elisa reclama a su hija de una manera que dá lástima.

Flora. Le dijistes como yo te mandé?

Ermelinda. Sí, le dije que la niña está bastante mal, que los médicos dicen que está de cuidado. Cuando oyó ésto, le dió un ataque tan fuerte que todos creímos que se moría; pero luego volvió.

Flora. Ya sabes que después de ocho días, me voy a Guayaquil. La mamá de mi difunto esposo está mal; como élla no sabe que murió mi Liviecita, me reclama que la lleve para conocerla: por esta razón, me voy llevando a Enma, para hacerla pasar por nieta de la señora. No tiene más herederos forzosos q' su nieta; sólo espera conocerla, para hacer el testamento i dejarle a élla toda su fortuna. Si mi Liviecita no hubiese muerto, no tendría necesidad de valerme de este ardit. Como tú ves, la fortuna de mi suegra, me pertenece, por derecho legítimo.

Ermelinda. ¿Por qué no se vá cuanto antes?

Flora. Pór una parte tengo que arreglar aquí asuntos de urgencia; por otra parte, quizá en estos pocos días, ya se consuele Enma, para que pueda desempeñar bien su papel.

Ermelinda. Quien sabe, son tres meses que la niña está con nosotros i se encuentra tan apenada como el primer día que la trajimos.

ESCENA IV

Enma, Flora i Ermelinda.

Enma. (entrando) Tía, unas señoras la buscan.

Flora. Hijita mía, ya te he dicho que no me digas tía, si no má (dirigiéndose a Ermelinda) Sale a ver.

ESCENA V

Flora, Enma, doña Aurora i su hija Magdalena.

Aurora. (entrando) Buenas tardes; ¿cómo está señora Florita?

Flora. Bien i Ud?, i Magolita?

Magdalena. Bien, señora, gracias.

Aurora. I esta chica? [dirigiéndose a Enma]

Flora. Ya vé, señora Aurora, tanto tiempo que no ha venido: ya no se acuerda de mi Liviecita.

Enma. (asustada) ¿Qué dice?

(Flora hace una seña rápida a Enma para que calle)

Aurora. Pero a mí me dijeron que Liviecita había muerto.

Flora. Verdaderamente, estuvo a las puertas del sepulcro; casi se muere. Una vez, le dió un síncope tan fuerte que hasta los médicos se engañaron.

Aurora. (Dirigiéndose a Enma) Vén, Liviecita, vén, haz te amiguita de Magola.

Magdalena. Venga, Liviecita, no sea esquivia.

Enma. (sorprendida, mirando a todos lados) Pero si yo me llamo Enma.

Flora. (esforzándose por reír) Esta niña tan caprichosa: empuñada en que no le han de decir Livia sino Enma. Tenía una amiga con ese nombre i se ha aficionado.

Enma. (se sienta lejos i dice para sí) Yo creo que mi tía es tá loca (sigue escuchando con atención lo que conversan las dos señoras)

Aurora. Me dijeron que Ud. estaba de viaje para Guayaquil.

Flora. Cierto es: seguramente, nos vamos después de ocho días. La señora Dolores, mamá de mi difunto esposo, está bastante mal de salud i me suplica lleve a su nieta para conocerla.

Aurora. Me han dicho que esa señora es muy rica.

Flora. Sí, tiene algunas propiedades.

Aurora. Señora Florita, yo venía a pedirle un grande favor.

Flora. Si puedo, con el mayor placer.

Aurora. Mi hermana Amalia, que vive en Riobamba, me escribe diciéndome que mande a pasar las vacaciones allá, a Magolita, i como yo no tengo facilidad de ir a dejarla, vengo a suplicarle me la lleve en su compañía.

Flora. Con mucho gusto, señora Aurora, alíste no más todo: mi viaje no demorará más de ocho días.

Aurora. Muchas gracias, cuánto le agradezco. (levantándose) Me voy, yo he de regresar otro día. Hasta luego, señora Florita.

Flora. Que se conserve bién, señora Aurora.

Magdalena. Hasta otro día, Liviecita.

Flora. Voy a acompañarles hasta la puerta de calle. (salen todas menos Enma)

Enma. (restregándose los ojos) ¿Qué es lo que ha dicho mi tía?; estoy soñando.

ESCENA VI

Enma i Clara Luz.

Clara L. (entra a hurtadillas i hace señas a Enma para que no diga nada) Tengo que hablar con Ud., en secreto. No me conoce?: Soy Clara Luz, la hija del portero del hospital.

Enma. (interrumpiéndola) Entonces la habrás vis'lo a mamá (con emoción) cómo está?, está mejor, se acuerda de su Enma?

Clara L. Ella está mejor, ya son cinco días que se levantó.

Enma. (saltando de alegría i golpeando las manos) Qué gusto, qué gusto.

Clara L. Su mamá me pagó un sucre para que entre a escondidas, en esta casa i me cerciore si es cierto que Ud. está enferma.

Enma. (sorpreudida) ¿Quién le ha dicho?, yo nunca he estado enferma.

Clara L. Así le han dicho a su mamá, i q' por esta causa, Ud. no podía ir a verla. Yo me entré calladito, tras de esas señoras que acabán de salir i hace más de una hora que he

permanecido aquí escondida: de modo que les he oído todo.

Enma. Oh!, Clara Luz (agarrándose de ella) Por Dios, llévame donde mamá; yo no conozco el hospital. Cuánto tiempo hace que no la veo!

Clara L. Pero si no la han de dejar salir.

Enma. Vé, por Dios, no seas mala.

Clara L. Hágales descuidar i sálgase; yo le espero en la esquina de la plaza para llevarla; voi de carrerita a avisar a su mamá lo que he oído, i vuelvo.

Enma. (llorando) Imposible, si jamás me dejan asomar ni a la puerta de calle (con resolución) Pero espérame en la plaza, yo iré i nadié podrá detenerme.

Clara. Bueno, pero parece que ya vienen, me voy, aun cuando sea dos horas la esperaré en la plaza (sale corriendo).

(Enma sale por la otra puerta).

ESCENA VII

Flora sola.

Flora. (disgustada) Qué muchacha tan estúpida; me ha hecho pasar algunos sustos (con resolución) Pero, de fuerza o de gana, tendrá que obedecerme, i mi plan resultará como yo quiero.

ESCENA VIII

Flora i Ermelinda.

Ermelinda. Señora, ¿por qué será que la señora Aurora, al salir, mientras Ud. conversaba con la niña Magdalena, se acercó a preguntarme como se llamaba la niña Enma?

Flora. ¿De veras? I qué le dijiste?

Ermelinda. Le dije que se llamaba Lidia.

Flora. Qué tonta; con ésto, quién sabe qué conjeturas vá a formar esa señora.

Ermelinda. ¿Qué ese no era el nombre?

Flora. Livia te he dicho.

Ermelinda. A lo mismo dá. . . . ¿I qué le dijo la niña Enma?

Flora. Qué muchacha tan porfiada; con élla de nada valen mimos ni regalos. Le dije que se llama Enma.

Ermelinda. Le hubiese dicho que se llamaba Livia Enma.

Flora. Qué tonta, cómo no se me ocurrió en ese momento. Pero desde ahora dirás; así entonces, no habrá inconveniente, le digan Livia o le digan Enma.

Salé a ver donde está la niña.

Ermelinda. (sale)

Flora. Ahora mismo voy a escribir a Guayaquil comunicando mi viaje con la chica. Partiré, a más tardar, hasta pasado mañana. (se sienta a escribir)

ESCENA IX

Flora i Enma.

Enma. (entra descalza i con su antigua ropa, i su muñeca de trapo en los brazos) Señora Flora.

Flora. (se levanta asustada) ¿Qué es ésto?, te has vuelto loca?

Enma. (con resolución) Nô, señora, sencillamente, me voi donde mamá i dejo todo lo que no es mío.

Flora. (colérica) Si no te gusta el lujo i las comodidades de que te he rodeado, emplearé con tigo la fuerza: te encerraré en una pieza oscura i allí permanecerás hasta que me prometas portarte bien, decirme mamá i hacer todo lo que te ordene.

Enma. Señora, puede hacer lo que quiera; pero yo nunca puedo vivir sin mi mamacita.

Flora. Pero si élla está muy mal, talvez, hasta este momento, ya no exista (cogiendo a Enma) Vuelve en tí, Enma, hija mía, sé razonable, serás rica: tendrás carros, vestidos lujosos, criados. Pasado mañana nos vamos a Guayaquil, a recibir la herencia de tu abuela.

Enma. Señora, Yo no tengo ninguna abuela; no tengo más que mi mamacita, i lo único que quiero i le suplico es que me deje ir a vivir con élla.

Flora. (muy colérica) Una vez que no te gusta que te trate bien, desde este momento, todo ha cambiado para tí (agarracón cólera a la niña i le estruja; sale a la puerta i grita) Ermelinda! Ermelinda (dirigiéndose a Enma, amenazante) Ahora verás.

ESCENA X

Elisa, Flora i Enma.

Elisa. (asomándose de improviso, nerviosa i desenfajada)

Todo, todo lo he oído.

Enma. (se arroja loca de gusto en brazos de su madre) **Ma-
macita mía!**

Elisa. Hija de mi alma! (la abraza i besa con frenesí; luego se dirige a Flora, sin soltar a su hija) Con que todo ha sido ficción, todo ha sido farsa; con que has traído a mi hija por negocio, infame, i dices ser familia de mi esposo: así son los parientes. ¿Por qué mentiste que mi hija estaba enferma?, por qué te valistes de farsas i engaños para arrancarla de mis brazos?

Flora. ¿Qué tienes que reconvenirme?: tu hija iba a ser rica.

Elisa. (con altivez) Felizmente, ya nada necesita: su padre vive.

Enma. (saltando de alegría) De verás? Qué felicidad.

Elisa. (dirigiéndose a su hija) Hoi recibí esta carta (enseñándole un papel) en la que me explica el motivo de su silencio: él también, como nosotras, ha sido víctima de una infamia.

Mañana estará aquí.

Enma. Oh! qué gusto, madre mía, vámonos pronto a nuestra casita, a esperar a papá.

Elisa. Hija mía, ahora vamos a arrendar una casita mejor, para recibirlo, tenemos dinero; junto con esta carta lo he recibido. **Vamos.**

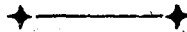
Flora. Pero, mira, ponle otro vestido, cómo has de sacar así a la niña.

Elisa. (con desprecio) **Nó,** prefiero sacarla desnuda antes q' aceptar favores de una infame (salen).

Flora. (dá un grito de rabia, golpea colérica el suelo i se mece los cabellos) **Ay!** todos mis planes quedaron por los suelos!

Cae el telón rápido.

FIN DEL DRAMA.



NAVIDAD

O

El Arbol de los Niños Pobres

COMEDIA EN UN ACTO



Tulcán—Ecuador

Navidad
o el Arbol de los Niños Pobres

COMEDIA EN UN ACTO.

PERSONAJES

Pedro (albañil)
Edmundo
Jorge
Concha
Luis

Padre de los niños
hijo mayor de Pedro
2º hijo de Pedro
3ª hija de Pedro
hijo menor de Pedro



ACTO UNICO

Escenario: Una pieza habitada por una familia indigente.

ESCENA I

Edmundo, Jorge, Luis i Conchita.

(Aparece Edmundo sentado en un banco de madera rústica, estudiando; en otro lado del cuarto están sus hermanos arreglando un pequeño Arbol de Navidad, con flores naturales, cajas de fósforo vacías, pepas i otras vagatelas)

Luis. (acercándose a Edmundo) ¿Cómo es que te entretienes tanto con esos papeles?

Edmundo. (sonriendo) Es que me dicen cosas tan bonitas.....

Luis. (cogiendo el libro i fijándose con atención) Lo que es a mí, nada me dicen: no veo sino unos garrapatos (vuelve el libro a Edmundo)

Edmundo (acariciando a Luis) Cállala Luchito, cuando estés en la escuela, ya empezarán a decirte muchas cosas, i entonces te gustarán.

Luis Pero ahora es Navidad, día de fiesta, no tienes clases, ¿por qué no vienes a jugar con nosotros?

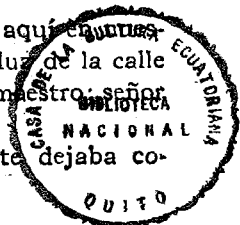
Edmundo. No, Luchito, yo ya soy hombre i debo ocuparme en cosas más provechosas; además, ésto (señalando el libro) me divierte mucho más que jugar.

Jorge. (interrumpiendo por un momento el arreglo de su Arbol) Mira, Edmundo, vas a perder la vista: cómo ha de ser, todas las noches, recibiendo el sereno de la calle, en semejante frío, sentado bajo el poste de la luz, leyendo.

Edmundo Es que tengo que estudiar, i como aquí en este cuarto no tenemos foco, tengo que aprovechar la luz de la calle

Luis Lo que es yo no fuera tonto, le dijera al maestro: señor, no estudié la lección porque no tengo foco.

Jorge. (con tristeza) Cuando mamá vivía no te dejaba co-



meter esas imprudencias: de cualquier modo, se conseguía una vela, aun cuando de cebo, para que estudies.

Edmundo. (enjugándose las lágrimas) Oh!, si, nuestra madre era tan buena! (se oye una campana lejana) Es ya la una de la tarde (levantándose) tengo que irme a la Escuela.

Jorge. Pero ahora es Navidad. . .

Edmundo. Si, pero tengo que irme (sale).

ESCENA II

Jorge, Luis i Conchita.

(Jorge sigue colgando las cosas en el Arbol)

Conchita. (dándole una flor roja) Toma, Jorge, cuelga esta muñeca (dirigiéndose a Luis) ¿No ves? ¡qué rojos tiene los labios!

Luis. (burlándose) Sí, pero tu muñeca ha sido sólo boca.

Conchita. (disgustada) Trae, entonces no la cuelgues, porque ese Luis la está insultando.

Jorge. No le hagas caso, Conchita, cuando yo sea grande i tenga plata, te he de comprar una muñeca dormilona, de esas qué hay en "El Globo", *churozas* i de ojos azules.

Conchita. (con alegría) ¿De veras?, ¡qué feliz seré el día que tenga una muñeca de ésas! (con entusiasmo) Si parecen angelitos del Cielo: siempre que paso por allí, me quedo extasiada contemplándolas i no me canso de mirarlas.

Luis. Lo que es yo, cuando gane plata, no he de gastar en adefesios de muñecas: me he de comprar un carro "Ford", para manejarlo yo mismo: me encanta ser Chauffer.

Conchita. Yo sí, cuando sea grande, he de ganar cosiendo i me he de comprar diez muñecas dormilonas, de distintos tamaños.

Luis. (burlándose) Calla, Conchita, no seas tonta: acaso las mujeres grandes juegan con muñecas. En lugar de decir esas tonterías, debías decir: cuando gané plata, he de comprar un terno de casimir para mi hermano Luchito.

Conchita. (disgustada) Ay!, que haciendo: tú que tanto insultas a mis muñecas. . . .

Luis. Pero qué muñecas tuviste: yo, hasta ahora, no te

he conocido más que una de trapo, fea i flaca que parecía garrapata.

Conchita. (llorando) Mira, Jorge, como le dice a Olga. Este feo, malo: ni con los muertos tiene ley

Jorge. (disgustado) Calla Luis, no hagas llorar a Conchita.

Conchita. (pasándole una caja de fósforos vacía) Toma, Jorge, cuelga esta cocinita de fierro.

Luis. (ríe enseñando la caja) Miren, qué linda cocina de fierro, yo creo que, por Navidad, Conchita se ha vuelto loca.

Conchita. (disgustada) No te he de hacer caso, indio malo.

Luis. (riendo) Miren la noble.

Conchita. (dándole a Jorge una pepa de aguacate) Toma Jorge, cuelga esta ollita de aluminio.

Luis. (cogiendo la pepa i mostrándola) Miren, la olla de Conchita: qué rara, no tiene boca; seguramente solo se ha de poder cocinar en aquella linda cocina de fierro (mostrando la caja de fósforos) La olla no tiene boca, la muñeca es sólo boca, seguramente, aquélla se la come la coinida con toda olla.

Jorge. (terminando de arreglar el Arbol) Miren qué lindo está.

Conchita. (entusiasmada) ¡De veras!, qué primoroso.

Luis. (burlándose) Cierto, parece un alcaparro viejo.

Conchita. (sorprendida) Jesús!, como insulta al Arbol bendito.

Luis. Nó, cierto, dejando de burlas, qué cosas tan primorosas: sobre todo la muñeca, la cocina de fierro i la olla de Conchita (enseñando).

Jorge. No le hagas caso, Conchita, cuando venga papá le avisaremos.

Luis. Aunque le avisen: en Navidad, los papás no pueden pegar, porque es día de los niños.

Conchita. Pero no de los niños malos.

Luis. El Niñito Jesús se resiente cuando pegan a los niños, i sobre todo, cuando éstos se llaman Luchitos.

Conchita. Sí, ahora te acuerdas del Niñito Jesús i por la noche, te haces el dormido por no rezarle.

Jorge. (sentándose junto a sus hermanos) ¿Recuerdan el año pasado?: cuántas cositas nos había puesto mamá en el Arbol.

Conchita. Oh!, sí, qué buena era mamá. Dios mío! por qué te la llevaste? (llora).

Jorge. Ah!, si élla viviera! (llora también).

Luis. Callen, no lloren, no sean tontos: en lugar de estar llorando, pidamoslé a mamá que, por Navidad, nos bote del Cielo alguna cosita: no decía élla que allá hay tantos primores.

Conchita. Qué tonto!, de semejante altura, si nos botara algo, caería hecho pedazos. Ay!, cierto, qué gusto: ahora denoche, voy a dejar mi zapatito detrás de la puerta, para que los Reyes Magos me pongan los regalos.

Luis. Acaso los Reyes Magos ponen regalos en los zapatos rotos?, esos los pasan piazndo. Por éso yo que no estoy por poner los míos, para que me los estropeen. Si quieren los Reyes Magos que me dén los regalos con todo zapatos; i si no, que vamos hacer. Felizmente, hasta ahora, no les merezco nada a esos señores Baltazares.

Conchita. (asustada) ¡Jesus!, como les dice a los Reyes Magos (se siente pasos).

Jorge. Qué gusto, ya viene papá.

(Conchita i Luis salen al encuentro de su padre)

ESCENA III

Pedro, Jorge, Luis i Conchita.

(Pedro, pobremente vestido i muy triste)

Conchita. (abrazando a su padre) Cómo está, papá?

Pedro. Bien, hijita mía (acariciándola)

Luis. (cogiendo las manos de su padre) ¿Qué nos trae papá?

Pedro. Nada, hijitos, no he podido conseguir nada. El señor Valdez se ha ido con su familia, a pasar Navidad a la hacienda, i ha ordenado suspendan los trabajos de construcción de la casa, hasta que él regrese: de modo que los pobres albañiles quedamos sin trabajo i por consiguiente, sin dinero, por lo menos ocho días. Yo me fuí a buscar trabajo en otras partes; pero ahora, por ser día de fiesta, nadie quiere ocuparme; quizá mañana..... (con tristeza)

Conchita. Mire, papá, hemos compuesto el Arbol de Navidad: Qué bonito está!

Pedro. (con tristeza) De veras, hijita mía (aparte) Oh!, la inocencia!

Luis. Cierto, que está lindo: hay que alquilarlo para espantajo (Pedro sonríe con tristeza)

Conchita. Mire, papá, Luis ha pasado ahora insultando a todos mis juguetes.

Luis. (burlándose) Pero  qu  juguetes tuviste?

Pedro. (disgustado) Luis, t  te complaces en molestar a tu hermanita, pobrecita, por lo mismo que no tiene juguetes, debes dejarla que se divierta con lo que pueda.

Conchita. (alegre) No ves? Bien hecho!

Pedro.  No viene todavía Edmundo de la Escuela?

Conchita. N , papá.

Pedro. Me dijo que les habían llamado hoy para obsequiarles alguna cosa, por Navidad.

Luis. (colocándose delante de su padre) M reme, papá, ya estoy grande,  por qué no me pone a la escuela?

Pedro. El año siguiente irás, siempre que dejes de ser mal educado.

Luis. Bueno, pero he de asistir sólo desde el 24 de diciembre.

Pedro. (r iendo) Siempre el mismo! Pícaro interesable.

Conchita. En éso s ; nadie le iguala.

Luis. (colgándose del cuello de su padre) Vea, papá, por Navidad, m ndenos a jugar con los hijos del vecino Juan.

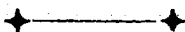
Pedro. Bueno, pero si me prometes no estar peleando, como sueles hacerlo.

Luis. S , papacito, le prometo portarme bien (aparte) siempre que no me hagan nada que me disguste, porque de lo contrario (enseñando los puños)

Conchita. Papá, quiere que me quede acompañándole?

Pedro. (besando en la frente a su hija) N , gracias, amor mío, anda juega un ratito con tu amiguita René.

Luis. (cogiéndose por el brazo a su hermana) Vamos no más Conchita, yo te prometo no decir nada que pueda enojarte (aparte) no seas tonta, Conchita: una vez al año, por Navidad, que papá nos d  permiso i t  sin querer ir. Vamos pronto (cogiéndose el estómago) porque este pícaro del estómago, ya empieza a molestarme: quizá jugando se olvide. (salen)



ESCENA IV

Pedro solo.

Pedro. (tira el sombrero con despecho) ¡Qué fatalidad! (con sumo disgusto) Todo el día he buscado trabajo, para ganar el pan para mis hijos, i mis gestio: es han sido inútiles. Que porque los señores gamorales están en paseos y diversiones, al pobre se le niegue el trabajo, y por consiguiente el pan. Sarcasmos de la vida: Domingo de Pascua: día de alegría, día de placer, i mi familia agoniza de hambre i yo de dolor; i mientras unos derrochan en poseos i diversiones cantidades ingentes de dinero, otros, luchamos con la miseria más terrible, sin tener un mendrugo de pan para nuestros hijos (con desesperación) Dios mío! Dios mío, aquí en el mundo, tus leyes sacrosantas no se cumpien. [cáe desfallecido con el rostro entre las manos; afuera se oye una orquesta de pitos y tambores y un enorme bullicio infantil, y Pedro dirigiéndose hacia la puerta exclama]: Alegres niños, no sabeis que con vuestro bullicio, insultáis la pena del que sufre (cesa la música i Pedro sigue en sus reflexiones) Si yo fuera solo no haría caso de estas contrariedades; (con desesperación) Pero mis hijos! mis pobres hijos!, inocentes criaturitas, cuan buenos i resignados son: nada me piden, nada me dicen, i sin embargo, deben tener hambre: son más de las tres de la tarde i aún no han almorzado. Oh!, las madres, francamente, las madres saben hacer milagros cuando se trata de buscar el pan para sus hijos; pero los padres, cuando no tenemos trabajo, no tenemos dinero, i cuando no tenemos dinero, no encontramos forma de proporcionarles el sustento a nuestros hijos. Ay!, las madres, las madres, no deben morir nunca (se queda con el rostro entre las manos. Se oye afuera un ruido alegre. Pedro levanta la cabeza sorprendido.)

ESCENA V

Pedro i sus cuatro hijos.

(Entra Edmundo llevando dos paquetes i seguido de sus hermanos)

Edmundo. (con alegría) Mire, papá, mire ¡qué cosas traigo!*Pedro.* (sorprendido) ¿Qué es ésto?, ¿de donde traes?.*Edmundo.* (enseñando el primer paquete) Este es un regalo de mi Profesor: aquí hay un papel, lea.*Luis.* (con impaciencia) Lea pronto, pronto, quizá allí avise lo que viene allí dentro.*Pedro.* (coge i lee en voz alta) Al niño Edmundo Beltrán,

por su intachable conducta i su admirable aplicación (abraza conmovido a su hijo) Hijo mío, a pesar de la necesidad que tenemos, ésto, me satisface (señalando el papel) mucho más que todos los obsequios.

Luis. (mirando el papel) Con esos garrapatos no me llena el estómago: toda la tarde (cogiéndose el estómago) ha pasado diciéndome; Lucho, Lucho, tengo hambre, no te hagas el desentendido (todos ríen) abran pronto,

Edmundo. Este otro paquete (señalando el otro) Es un obsequio de mis compañeros de grado: todos han puesto una contribución para comprar ésto.

Luis. Pero dejen de conversar tanto: hasta que abran los paquetes.

Conchita. (mientras su papá abre el paquete) Abra pronto papá, porque el corazón me dice que aquí hay que comer.

Luis. No te hagas la disimulada, el estómago dí.

Pedro. (abre el primer paquete en el cual hay ropa i jugetes) Una muñeca! (sacándola)

Conchita. (fuera de sí) ¡Qué preciosidad! qué primor!

Pedro. Toma. es para tí.

Conchita. (sin dar crédito) ¿Qué dice?, papá (extiende los brazos para coger i al mismo retrocede) Ay!, talvez se me ensucia. (se limpia las manos).

Pedro. No importa, hija mía, es tuya.

Conchita. (la coge, la abraza i la besa entusiasmada) Serás mi Reyna, Pepita querida (todos la miran complacidos)

Luis. Ay, qué feo nombre: Pepa, el nombre de la olla de aluminio.

Pedro. Luis, aquí hay una cosa para tí; si me prometes portarté bien, te doy i si no. . . .

Luis. Si es muñeca, ni me la muestre.

Pedro. (enseñándole un carrito) Mira.

Luis. (loco de gusto) arrojándose al cuello de su padre) Papacito, papacito, ahora si que no volveré a portarme mal, nunca, nunca (brinca, salta i dá gritos de alegría)

Pedro. (con seriedad) Verás, Luis, tus hermanos son testigos de tu promesa: el día que vuelvas a molestar a Conchita, te quito el carro i no lo vuelves a ver más.

Luis. (recibe el carro, lo abraza i lo besa) Oh!, carrito mío, cuántas veces te he soñado: (abrazándo a Conchita) Niña Conchita, ahora si que ya no volveré a decirle nada que le disguste. Todos los días, su Pepita saldrá a pasear en mi carrito (besa a su hermana)

Conchita. (conmovida abraza a Luis) Gracias Luchito mío, cuánto te quiero, a pesar de que algunas veces me has hecho llorar.

Luis. "Quien bien te quiere te hara llorar" pero ahora te querré mucho i no te haré llorar.

Pedro. (sacando de la caja dos pelotas) Estas deben ser la una para Jorge i la otra para Edmundo (les entrega i los niños reciben con manifestaciones de alegría) Aquí hay tambien un libro (coge i lee) para Edmundo Beltrán. Toma, es para tí.

Edmundo. (muy contento) Oh! Papá, éste es el mejor obsequio que han podido hacerme: amo tanto a los libros. . . .

Pedro. Bien, hijo mío, bien.

Luis. Papá, yo también amo los libros, porque encima de ése ha venido mi carrito.

Pedro. (ríendo) Pícaro (coge la otra caja, sigue registrando i vá sacando: pan, galletas, confites, etc, luego reparte entre sus hijos: los pequeños comen con avidez; Pedro se sienta en medio i come junto con sus hijos)

Jorge. Qué buenos son los que nos han mandado estas cosas.

Pedro. Oh! si, hijos míos. Cuánta gratitud les debemos!

Edmundo. Si algún día llego a tener dinero, mi primera ocupación será apoyar a la Escuela.

Pedro. (termina de comer i sigue registrando la primera caja:) algo más ví aquí; pero no quise decirles nada para que coman con tranquilidad (levanta un papel i vá sacando unas piezas de ropa, sus hijos le contemplan con suma alegría) Camisas!

Luis. Qué gusto, para ponerme con una corbatita que tengo (saca del bolsillo un pedazo de corbata vieja.)

Conchita. Ah!, ésa la que te hallastes el otro día en la basura.

Pedro. Dos Shueteres pequeños (sacandolos) debe ser para Luis i para Conchita.

Luis. Traiga, papá, me lo mido: si parece que me han mandado hacer a propósito.

Conchita. Oh! qué lindo, traiga me lo pongo.

Pedro. Tomen, tomen, locuelos (entregándoles)

(Luis i Conchita se ponen, haciendo mil demostraciones de alegría)

Luis. (cogiendo a Conchita) Bailemos Conchita, bailemos: ya somos señores de shueter (Luis canta i baila con su hermana, los demás los miran sonriendo)

Pedro. (sigue registrando) Dinero! (saca) Diez sucres! (con honda gratitud) Dios mío!, cuánta generosidad, cuánta previsión de una escuela, i pensar que hay tantos potentados que viven nadando en el lujo i la opulencia i nunca se *Acuerdan del Pobre*, del indigente que, muchas veces, en silencio, agoniza de hambre i desesperación; cuando con un poco de lo que aquéllos desperdician, pudieran aliviar la desgracia de tantos infelices. Hijos míos, ya ven Uds., cuán grande, cuan eficaz es la labor de la escuela; no sólo se preocupa por el bien intelectual i moral de sus educandos: su mirada se extiende más allá, donde gime el desgraciado, para socorrerle.

Luis. (entusiasmado) ¡Viva la Escuela!

Todos. Viva!!, ¡viva!

Pedro. Hijos míos, no olvidéis nunca este acto de generosidad con que la Escela nos ha favorecido. Sed siempre agradecidos: la gratitud es propia de las almas nobles.!

FIN DE LA COMEDIA.



POR UN HUASI-PUNGO.

DRAMA INDIGENA, EN DOS ACTOS



Tulcán—Ecuador

Por un Huasi -- Pungo

DRAMA INDIGENA, EN DOS ACTOS.

PERSONAJES

<i>Juan</i>	<i>Priosta de la fiesta, disfrazado (coraza)</i>
<i>Francisca</i>	<i>India viuda, madre de cuatro niños</i>
<i>Angel</i>	<i>Hijo mayor de Francisca</i>
<i>Liborio</i>	<i>Segundo hijo de Francisca</i>
<i>Juana</i>	<i>Hija de Francisca (de 4 a 5 años)</i>
<i>Asunción</i>	<i>Hija de Francisca (de un año)</i>
<i>Abelardo</i>	<i>Patrón de Francisca</i>
<i>José</i>	<i>Compadre de Francisca</i>
<i>Visitación</i>	<i>Mujer de José</i>
<i>Teodoro</i>	<i>Amigo de José</i>
<i>Fermín</i>	<i>Marido de Dolores</i>
<i>Dolores</i>	<i>Esposa de Fermín.</i>
<i>Un grupo de indios:</i>	<i>mujeres i hombres</i>

NOTA.—El drama se desarrolla en una hacienda cercana a Otavalo.

Todas las palabras u oraciones que se encuentran entre paréntesis i con una t antepuesta, son traducciones del quichua al castellano, es decir, la letra t indica traducción.



ACTO PRIMERO

Escenario: El interior de una choza de indígenas pobres, en donde se verá algunos utensillos de cocina, una manta i una estera.

ESCENA I

Francisca i sus tres hijos menores.

(Aparece Francisca hilando lana i con un niño tierno en las espaldas; junto a ella están sus otros dos hijos).

Liborio. (asomándose a la puerta) ya es chiza (t tarde); el sul ya vá iscundiendo i Angelu no asumir.

Francisca. (suspirando) ¡Ay! estus blancus, al pogri runa le tratan comu bístia, i el pogri indio si mata trabajandu i el pogri indio ni discansa i nu tiene para cumer, porqui todu para patrún i sólo para él, Antis de venir estus blancus, en tiempu di nuestro taita Atahualpa, contaba *achi tayta* (t papá grande) qui il indiu nunca padicia di nada, tinía todu en abundancia; pero ahura cuantu cuesta ganar mediu.

Juana. (saliendo a la puerta) *Mama, shamuy Angelu; chari yarjay, cáray cancha* (t No viene Angel, tengo hambre. dame tostado)

Francisca. Yarjanguicho, rurrana púñuy lunguita, (t hambrienta, voy hacer dormir lunguita) (mece a la niña i canta)

Púñuy lunguita, ñúcata shungu,
Púñungui úchay, chari rurrana:
Ringui apamuy yante, rurra pañulón,
Para tutamanda, a blancus jartuy.

(traduce al castellano i canta lo mismo)

Duermi, lunguita de mi curazón,
Duérmite prontu, tengui hacer:
Ir a trayer leña, tejir pañulón,
Para madrogado, a blancus vendír.

Liborio. Mama, nu vindás blancus, nu lus quiero; taita dijo qui nu lus quiera, porqui son malus con el pogri runa. Il otro día, en feria, pigarun a taita Pedru, quitarun lus ponchus qui estaba vindiendu i butaron lu qui lis dió gana.

Francisca. Peru nu vis, lunguitu, qui sólu éllus tener plata? La josticia sólu es para blancus: Policía i todú se haci favur di éllus; a mi tan, sábadu qui pasú, quitaron canasta lina camoti i botarun dos rial; yo avisé Juiz mercadu i él, bravu, diju: "a mi que importa, india estúpeda". Yo vine llorando sin tener a quien quijar.

Liborio. Mama, yo quisiera tener zapatu, ca, comu tienen éllus.

Francisca. Callá lungu, esu es cosa di blancus.

Liborio. (mirándose los pies) Peru mis patas sun las mesmas qui las de éllus ¿pur qué no he di puner yu?

ESCENA II

Los mismos i Angel.

Angel. (entrando) Benditu alabadu.

Todos. Pur siempre.

Juana. (alegre) Shamuy, shamuy, Angelu, mícuy (t Ven, ven, Angel, a comer, a comer)

Francisca. Por qui dimurado, Angelu.

Aneel. Estuve con patrún cosichando púroto.

Francisca. Jacu (t vamos) A cumer, lunguitus, tingo qui ordiñar vaquitas.

(Todos se sientan al rededor del fogón)

Juana. Cáray Ashtahua (t dame bastante)

Francisca. (reparte porotos cocinados, en platos de barro)
Mícuy, mícuy (t coman, coman)

(después de un momento se oyen pasos) Ay!, el patrún.

ESCENA III

Los mismos i Abelardo.

Todos. (se levantan apenas entra el patrón) Buenas tardis, patrún.

Abelardo. ¿Cómo están por aquí?

Francisca. Bien, i vos patrún, comu istá patrunita Mería?

Abelardo. Bien, bien.

Francisca. (entregando un banco a Juana) Juana, cáray patrún qui tiari (t dále al patrón que se siente).

Juana. (Dirigiéndose al patrón) Tiari caypi (t siéntate aquí)

Abelardo. Allí no más, vengo de apuro. Francisca, como tú sabes, tu marido fue peon concierto de mi hacienda, por lo que le dí este *huasi-pungo*, en donde Ustedes han hecho su rancho i tienen sus sembrados i sus animales. Ahora bien, con la muerte de tu marido, yo he sufrido un grande perjuicio en los trabajos de mi hacienda, por lo que, vengo a llevarme a Angel para que reemplace a su papá.

Francisca. (asustada) Ay!, amu patruncito, como me quitás al Angelu, él único hijo grandi qui quidadu; quien va a atinder a sembraditus, quien va cuidar vaquitas (suplicante) amu patruncito no ti llivés al Angelu.

Abelardo. (disgustado) Si tú te niegas a entregarme a Angel, puedes desbaratar tu rancho, desocupar el terreno i devolverme los diez pesos que me quedó debiendo tu marido: no ha de faltar quien me sirva con buena voluntad.

Francisca. (desesperada) Peru patruncitu, si nusutrus tan querimus servirte cun vulunta. Qui el Angelu vaya todus lus días a trabajar en hacienda, piro qui rigrese nochis a ranchitu acumpañarnus.

Abelardo. Es que a mi me couviene que Angel permanezca siempre en casa: de día, para que ayude en los trabajos i de noche, para que duerma junto a las semteneras i pueda cuidarlas

Francisca. Pur taita Diositu, amu patruncitu, no quités Angelu.

Abelardo. (dirigiéndose a Juana) Que alhaja la longa, ¿cómo te llamas?

Francisca. No sabe hablar en castilla, amu patrún (dirigiéndose a Juana) Virray úchay patrún ima shuti cingui (t avisa pronto al patrón como te llamas).

Juana. (disgustada) Juana Huajá (amenazando al patrón) Blancu saquingui ñuca turi.

Abelardo. ¿Qué dice la longa?

Francisca. Dici qui dijés hermanitu.

Abelardo. Hagamos otra cosa: consiento en que Angel va-

ya sólomente el día a trabajar i que la noche regrese a tu lado, però con una condición.

Francisca. (con ansiedad) Cuál, patruncito.

Abelardo. (acercándose a Juana) Dame a Juana.

Juana. (retirándose con miedo i llorando) ¡Ay!, ñucata i ma manda, maná mandangui, cayta blancu mishay cáray ashialta (t Yo por qué, no mandes, este blanco malo a de dar látigo a mí).

Francisca. (abrazando a su hija) Nu patruncito, nu digás, mi compañerita (dirigiéndose a Juana) Maná ringui, maná huácay (t no irás no llores)

Abelardo. (disgustado) Pues entonces, inmediatamente me me desocupan el terreno i salen de aquí (dirigiéndose a Angel) quieres ir tú?

Juana. (Haciendo señas a su hermano) Maná ringui, maná ringui, blancu misháy (t No irás, no irás, ese blanco es malo).

Francisca. (juntando las manos) Pur tayta Diositu, pur Virgen Mama.

Abelardo. (colérico) "Ni por Dios ni por sus santos". Si aceptas lo que te propongo, bien, i si nó, nada me importa. No ha de faltar quien me sirva (aparte) Estos indios no merecen ser tratados como racionales.

Francisca. Patruncito, las mamás indias, tan tenemos shungu i queremos nuestrus lunguitus.

Abelardo. Contesta sin tantos alecantinas, me das a Juana o Angel.

Francisca. (con resolución i abrazando a sus hijos) a ninguno, a ninguno,

Abelardo. (saliendo colérico) Mañana a primera hora, está desocupado el huasi-pungo. (t pedazo de terreno que los patrones acostumbra dar a los conciertos).

ESCENA IV

Francisca i sus hijos

Francisca. (Llorando) Ay, ay, para dundi cugimus, muerto marido, quien dará hacienda ranchito; aunque pegaba, ca, marido era

Juana. (Llorando también) Blancu mishay, rurra huácay mamá (t: blanco malo, hace llorar a mamá.)

Angel. Callá mama (con resolución) yu iré servir patrún i vos quidarás ranchitu.

Juana. Maná ringui (t: no te vayas)

Francisca. (llorando) Pogri Angelu, pogri lnguitu (abrazándolo) Cuántu irás a sufrir, cun istus blancus sin shungu; como látegiarán sin quien difienda; estos blancus sun malus.

Angel. (llorando) Mi voy, mi voy alcanzar a patrún (todos lo abrazan i lloran.)

Juana. Maná ringni, Angelu, mamá ringui Angelu (t: no te vayas Angel, no te vayas Angel)

Angel. (se desprende de los brazos de su madre i sus hermanos i sale) Adius, adius.

ESCENA V

Francisca i sus tres hijos menores.

Francisca. (llora desesperadamente) Imamanda saquishpa caypi shítaspá. Imaura shamungui. Huáñuy cusa, ringui churi, pi apamuy yanta, pi apamuy zara, pi apamuy mishqui, pi apamuv cachi (t: por que me dejaste aquí botada. Cuándo vendrás. Muerto marido, ido hijo, quien traerá leña, quien traerá maíz, quien traerá dulce, quien traerá sal).

Liborio i Juana. (lloran i lamentan simultáneamente con su madre) Imaura shamungui turí, tigray, tigray (t: Cuando vendrás hermano, regresa, regresa.

Francisca. (sin dejar de llorar) Pogri lnguitu, a trabajar comu bestia. ¡Ay, un huasi-pungo, ¡cuantas lágrimas cuista al pogri indiu!



ACTO SEGUNDO

Escenario: Un sitio campestre donde algunos indios se reunen para ir a la plaza de San Juan, a celebrar la fiesta de este Santo.

ESCENA I

José i Visitación

(Aparecen sentados: José con una guitarra i Visitación, con una vacija de barro)

José. Por juin llegú la fiesta di nuestro taita San Juan.

Visitación. Yu creí qui ya estarían aquí cumpañerus,

José. Yu tan creí encontrarlus.

Visitación. El patrún apinas diú malta di chicha por la rama, cundu dibía dar malta (t: vasija de barro) di tragu; simijante rama (t: obsequio que llevan los indios a los patrones) qui llivamus: burregu, gallinas, hueivitus; qui miserables que sun estus blancus, ça, cuandu indiu vá con agradu, intonces, ça, ricibin cun vulunta; piru cuandu vá sin nada, ni casu hacin al pogri longo.

José. (acercándose a la malta) Dá pes, Visita, un pilghi di chicha; mientras llegan cumpadres, bebamos.

Visitación. (disgustada) Déja, pés, lungu machashca (t: borracho), ya has di querer chumar cun tiempu, para pegar mojerá el dumingo nu mas pigaste.

José. Vindrá cumadre Francisca?

Visitación. Quien sabi, pogri cumadri muertu maridu.

José. Taita San Juanitu, embravará con cumadre si no viene fiesta.

Visitación. (Mirando a lo lejos) Ahí viene cumadre Francisca.

ESCENA II

Francisca, Visitación i José

(Ilega Francisca con un niño en las espaldas)

Francisca. Benditu alabadu cumpadres.

Visitación. Pur siempre. ¿Imashnatianguí cumadri? (t: como estás comadre),

Francisca. Tiajuni shaqui, úngay manay shungu: huáñuy cnsa, ringui churi (t triste estoy, el corazón me duele: muerto marido, ido hijo) (todc èsto dice llorando)

José. Maná hucáay, cumare (t no llores)

Visitación. (acaricirudo al niño de Francisca) ¡Achalay! lla guito (t que lindo longuito).

Francisca. Yu nu iba venir, cumadrita, muertu maridu, patrún llevú Angelu.

José. Vindrá Angelu a la fiesta?

Francisca. Quien sabi, cumpadritu, patrún muy bravu; cuná.

du algún viajecitu Angelu va a verme, patrún lateguea Pogri lunguitu Angalu!, si viviera maridu nu estuviera lunguitu ondi patrún.

ESCENA III

Los mismos i Teodoro.

Teodoro. (llega con una guitarra) ¡Viva San Juan!

Todos. ¡Viva, viva!

José. Qui es di cumpaños.

Teodoro. Ya vienin tras mí.

ESCENA IV

Los mismos i un grupo de indios con rondadores i guitarras

(Todos llegan muy alegres)

Todos. Viva San Juan, viva, viva, viva!

Visitación. Cumadre Francisca, dá pilchicitu chicha cumpaños (las dos reparten la chicha en mates)

Teodoro. Mientras llegan lus dimás, ripasemus cantus para taita San Juanitu (se colocan en fila i acompañados de guitarras i rondadores cantan i bailan, a excepción de Francisca que permanece sentada):

A nuestro padri San Juan,
qui protegi con tirnura
al pogri indiu, qui su pan,
ganar con sodor procura.

Para huáñuy la shaquigui
úfiay in caita punrra,
qui cun ázua in la huma
ashtahua mishqui sumagta.

(Traducción)

Para matar la tristeza,
bebamos en este día,
que con chicha en la cabeza,
es más dulce la alegría.....

Esta estrofa en quichua, se repetirá después de cada una de las estrofas siguientes.

(Sacándose el sombrero)

Saludemus todus, todus
con cantus, con alegría,
con bailes, di todus modus,
i bebamos a porfia.

(Toman chicha, y luego siguen bailando).

Hoy, día dil pogri longu
qui vivi dil blancu esclavu,
pur un triste huasi-pungo,
sin recibir un cintavu.

Dil pogri longu a quién dadu
sus egoistas patrunes,
en vis di pluma, el aradu
i la traición pur licciunes.

Un día, por cada año
qui el pogri longu se mece,
un escándalu tamañu
a los blancus lis pareci.

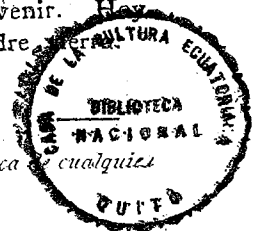
Por qui en indiu todú es quimera
todo es picadu, todú is baldún:
si toma indiu, pur borrachera
si tuma blancu, pur divirsiún.

Disfrotemos, hoy sequiera,
nuestra dulce liberta,
aunqui blancu diras muera
i nus niegui su amesta. (cesa el baile)

José. Pur qui nu bailás cumadri Francisca? Hoy el shungu di
todus los indius dibe estar alegrí.

Francisca. Ay cumpadritul, pogri Angelu nu venir. Hoy
año, bailandu cua maridu i ahura muerto, bajo madre

NOTA.—Las estrofas anteriores se adaptan a la música de cualquier
San Juan incaico.



ESCENA V

Los mismos i Angel.

Angel. (llega muy asustado i se arroja en brazos de su madre)
 Mama, mama de mi vida.

Francisca. (abrazándolo) *Angelu, Angelu, ya dus mesis qui nu ti vistu.*

Teodoro. (acercándose a Angel) *Angelu, viva San Juan.*

Angel. Viva (dirigiéndose a su madre) mama nu sabís cuántu sufre pogri *Angelu*: en tris mesis, más de veinte lategiadas da-du patrún (asustado, mirando a todos lados) peru ya debi lligar patrún porqui paricia seguir rastru.

Francisca. (asustada) ¿No ti mandú patrún?

Angel. Nó, porqui diji qui mandi fiesta, lategió i encerró in cuarto; peru yu salí por trunera i vine curriendu, curriendu, ahura, si cogi patrún, mata nu más.

Francisca. Callá lunguitu.

José Ahura es San Juan i por esti día el indiu es libri. Viva San Jnan!

Todos. Viva, viva! (Se oye un ruido de cascabeles)

Teodoro. (Con entusiasmo) Ya viene un coraza (t indio disfrazade lujosamente: es el priosta de la fiesta).

José. ¿Quién es el coraza?

Visitación. Es el hiju di taita Aguchu Quinchiguango.

José. El Juanitu?

Visitación. Sí.

Todos. Ya está aquí! (se descubren la cabeza i saludan con respeto al coraza)

ESCENA VI

Los mismos i Juan. (El coraza)

Juan. No venidu taita cun caballu? Un coraza nu puedi lligar a San Juan, a pie.

Teodoro. No viene tudavía, peru mientras taita trae caballu, recitenus la loa que has preparadu para San Juan.

Todos. Qui diga, qui diga.

Juan. (Recita con énfasis) Taiticu San Juanitu, aquí estamus tus divotus, los pogris indius, qui tanto ti amamus. Vos que

sois tan buen amigu de taita Diusitu, pedile qui nus mandi abundancia en todú: qui nu si pierda sembraditus, qui no mueran animalitus, qui crescan tijidus i sobri todú, que nu falte chicha, qui es alimentu dil cuerpu i del ánima dil indiu. Taita Juanitu, vos qui acompañasti a Achi-taiticu, cuando morió in cruz, acompañá en la muerti di lungu i líbranus di tintaciones del mugí (t diablo). Taiticu Juanitu, vos qui acompañasti a Virgen Mama en suledad, cuando muramus tus divotus, acumpaña i consuela a juamilia cuando quide hauichita (t fuéfana) hacé tan que juamilia nu olvide di poner en atáu púroto i tustadu i dos rial para beber chicha en largu caminu di la muerti. Libranus di malus brújus i sobri todú aura, danus chicha in abundancia para festejar bien tu bendita fiesta. Viva nuestro Padri San Juan!, viva señor Curita, viva mi coraza!

Todos. Viva, viva, Ali, ali (t: bien, bien)

ESCENA VIII

Los mismos, Fermin i Dolores.

(Entran ambos dando demostraciones de estar completamente ebrios Dolores lleva en las espaldas una maleta grande i un longuito)

Fermin. (muy colérico) Ñucate maudanguí, immanda chari culqui (t: yo mando, porque tengo plata),

José. Vengan cumpadris. Viva San Juan!

Todos. Viva, viva!

Dolores. (bailando) Jacu, Jacu cumpadris (t: vamos, vamos)

José, Pero ya debimus irnus plaza San Juan; van a ganar lus di Monsirrati.

Fermin. (muy exaltado i amenazante) Para esus, tengú buinus puñus: sacaremus a esus mapingas (t: simverguenzas) i bailaremus nusutrus, mientras mujeres cuidan maridus qui imburrachan; illas nu bailan; taita San Juan manda cuidar maridus (dirigiéndose a Dolores) mapa lunga (t sucia longa).

Dolores. (resentida) Imata, lungo machashca (t qué quieres longo borracho)

Fermin. (colérico, pegando a su mujer) Camba mana ringui festa, cusa mana mandanguí (t: voz no irás a la fiesta, marido no te manda)

Visitación (cogiendo a Fermín) Cumpadri, nu pegués a cumadre,

Dolores. Dejá nu más, qué peguí, comadri, marido es, ca.

Teodoro. (mirando a lo lejos) Allá viene taita Agucho, trayendu caballu adurnado para coraza.

Visitación. (dirigiéndose a Dolores) Vamus prontu comadri)

Dolores. (con tristeza) No quiere ir maridu, cumadri.

Visitación. (dirigiéndose a Fermín) Vamus cumpadri, taiticu Juanito embravará si nu van fiesta.

Fermín. (disgustado) Maná ringui (t: no voy)

Teodoro. Angelu, olvida patrún i vamus.

Todos, (levantándose) vamus, vamus.

(Todos menos Fermín i Dolores se disponen a marchar: arreglan sus maletas e instrumentos musicales).

Fermín. (muy colérico) Lunga manapinga, hoy pega maridu.

Dolores. (cogiéndolo) Juermín, jacu huasi (t: Fermín vamos a casa).

Fermín. (empujándola) Maná ringui (t: no iré) canta entre dientes i baila) Chari ashtahua culqui (t: tengo bastante dinero (ésto repite varias veces)

Dolores. (Bailando i cantando al mismo tiempo q' su marido) Ñucata chari tan (t: yo tengo también) (repite también varias veces).

Fermín. (Cayendo al suelo) Quiero dormir (se acomoda i se duerme).

Dolores. (se sienta, lo acomoda i principia a llorar diciendo): Ay, cusa mishay, maná mandanguí fiesta ñimamanda pigasti huar-mi qui cambia juyanqui cun shungo. Camba puñay sumagta ñucata cun chari pacatijun (t: Maridu bravo, no mandaste fiesta éporqué pegaste mujer que a vos quiere con el corazón. Vos duermes alegre i yo con frío amanecer)

ESCENA IX

Los mismos i Abelardo.

Angel. (escordiéndose muy asustado, tras de su madre i señalando el sitio por donde viene Abelardo) El patrún, el patrún!

Abelardo. (llega muy colérico. Todos menos Teodoro, dán

muestras de terror) Longo atrevido, te has venido sin mi consentimiento; (amenazante) pero pagarás caro tu atrevimiento! (le dá un fuetazo)

Francisca. (interponiéndose, con tono suplicante) Por tático Dios, amu patruncito, no pegando a Angelu, perduná patruncitu.

Abelardo. (colérico) Silencio, longa alborotista (dirigiéndose a Angel) Sígueme al momento.

Angel. (retrocediendo, con muestras de terror) Nu pegarís, patrún.

Abelardo. (con suma indignación) Con que te resistes a obedecerme, longa malvado (pega a Angel otro fuetazo).

Francisca. (cubriendo con su cuerpo a su hijo) Nu pegandu patruncitu.

Teodoro. (colérico agarrando el látigo con que Abelardo se dispone pegar a Francisca) Nu has de pegar.

Abelardo. (fuera de sí por la cólera) Longo miserable, te atreves a tanto con quien fué tu patrón?

Teodoro. (encarándose con Abelardo) Sois un patrún malvadu i tiranu, i un tirano no inspira respetu.

Abelardo. (sorprendido i colérico) Qué osadía! Es la primera vez que un longa se atreve a tanto.

Teodoro. Un longu... ¿Por qué ti llama atinción qui longu habli racionalmente? Acaso nosotrus no sabemos pinsar i sentir?

Abelardo. (colérico dirigiéndose a Angel) Vamos, no estoi por pasar tiempo oyendo los disparates de este estúpido.

Teodoro. (interponiéndose) No irá.

Abelardo. (muy sorprendido i colérico) Quién te ha vuelto tan audaz, longa infernal?

Teodoro. (con firmeza) Mi conciencia: el conocimientu de que soy un ser rracional, comu cualquier blancu.

Abelardo. (aparte) Parece mentira que un longa pudiera hablar así.

Teodoro. Así hablaríamos todus si Uds. los blancus, apoyadus por las autoridades, no nos tuvieran animalizadus i oprimidus, así hablaríamos todus si el Estadu llegara a preocuparse un pocu de nosotrus i nus diera escuelas, pero escuelas de verdá, nu comu las que Uds. aparentan tener en sus haciendas; escuelas en donde

despierten nuestra pogrí enteligencia, aletargada cun el tragu que bebimos para ahugar el despecho que nuestra miserable condición nus produce.

Peru a Uds. nu les conviene éstu; a uds. les conviene tener-nus siempre animalizados, para asi ixplotar mijor nuestro trabajo.

¿Acasu nosotrus no somos capaces de lo que Uds. hacin i talvez de mucho más? Ya ven: nosotrus no disponemos de grandes maquinarias i de las buenas herramientas de que disponen Uds. para el trabajo; peru sin embargu, nuestrus tejidus, nuestrus trabajos, sun admiradus por Uds. mesmus, aunque runca lus paguen con josticia. ¿Qué no haríemus nosotrus si Uds. en lugar de oprimir-nus i tiranizarnus nos facilitarán los medius para mejorar nuestras industrias?

Abelardo. (como volviendo en sí) Bueno, basta ya de estupideces (dirigiéndose a Angel) Vamos.

Teodoro. Ya te hi dicho que no irá: cun migo si va a fiesta.

Abelardo. (retirándose furioso) Longo atrevido, muy caro te costará tu atrevimiento. Hoy mismo te denunciaré a la Policía. (se vá)

Teodoro. (con desprecio) Podís hacerlu.

ESCENA IX

Los mismos menos Abelardo.

José. Teoduru, cómo otreviste tantu cun patrún?

Teodoro. (dirigiéndose a todos) Por qué acobardais dilanti de un hcmbri ccmu nosotrus?

José. Comu pudiste decir todas isas cosas?

Teodoro. Taitico mío fué ricu i pagú maestru qui insiñó leer, escrebir i sobri todú a sentirme hcmbri racional, con los mesmos derechos que todus los demás. Ay!, si todus Uds. fueran capaces de pensar i sentir comu yo. otra sería nuestra vida; peru estu no es posible (con desesperación) Bebamus, bebamus, para no pinñar in nuestra miserable condición.

Todos. Hay que estar alegres, bebamus, bebamus (todos beben chicha, con gran alagazara).

Teodoro. (con el mate de chicha en la mano) Si, quiero beber, quiero imborracharme quiero ahugar este grito di rebel-día impotente qui se levanta del fondu de mi pechu.

(Después de tomar la chicha i con demostraciones de beodez, se dividen en dos grupos: los hombres a la derecha i las mujeres a la izquierda, i siguen bailando al compás de sus instrumentos musicales, en una confusa mezcla de cantos i lloros).

Mujeres. (cantando i llorando) Tiajuni shaqui shungo (t: triste está el corazón) pogrís cusas ñucas (t: pobres maridos nuestros) (Esto repiten algunas veces).

Hombres. (al mismo tiempo) Maná huacay (t: no lloren) (enseñando los puños) blancus mishay, manapingas, chari culqui (t: blacos malos, sinvergüenzasa, tenemos dinero)

(De la frase anterior, simultáneamente, unos dicen una cosa, otros otra; ya llorando, ya cantando, ya también con demostraciones de grande enojo, i van saliendo del escenario, al mismo tiempo que cae el telón lentamente.

FIN



CAPRICHOS DE NAVIDAD

COMEDIA EN DOS ACTOS



Tulcán—Ecuador

Caprichos de Navidad

COMEDIA EN DOS ACTOS.

PERSONAJES

<i>Doña María</i>	<i>Esposa de Don Antonio</i>
<i>Doña Isabel</i>	<i>Amiga de Doña María</i>
<i>Don Antonio</i>	
<i>Don Alejandro</i>	<i>Primo de Don Antonio</i>
<i>Blanca</i>	<i>Hija de Doña María</i>
<i>Ernesto</i>	<i>Hijo de Doña María</i>
<i>Jorge</i>	" " " "
<i>Tiburcio</i>	<i>Sirviente de Doña María</i>
<i>Lorenza</i>	" " " "
<i>Juan</i>	<i>Sirviente del Sr. Fuentes</i>
<i>Rosario</i>	<i>Sirvienta de Doña Josefa</i>



ACTO PRIMERO

Escenario: Un dormitorio con dos camitas de niño, un sofá, dos mesas i algunas sillas.

ESCENA I

María sola.

María. (Aparece lujosamente ataviada, leyendo un periódico) ¡Ultima novedad! Juguetes para niños: Carritos mecánicos, con dos asientos!, a \$ 250,00 (dejando de leer) Qué bueno sería comprar este carrito para Jorge. (sigue leyendo) Muñecas dormilonas a \$ 80,00 (dejando de leer) qué lindas deben ser; cómo quisiera comprar una para Blanca.

ESCENA II

María i Antonio.

Antonio. (entrando) María, has visto mi diccionario? (registra entre algunos libros que hay sobre la mesa)

María. (disgustada dejando el periódico sobre la mesa) Qué diccionario ni que ollas viejas! En vez de estar en busca de adesios, ven, preocúpate de tus hijos; hoy es Navidad i es necesario comprar, ya mismo, los juguetes para poner en los zapatos de los niños, esta noche. Dame unos cincuenta sures para ir a comprar los juguetes, donde.....

Antonio. (sorprendido) Pero mujer, ¿has perdido el juicio?: cincuenta sures!; casi un mes de sueldo. ¿No sabes que apenas ganó setenta i ocho sures mensuales?

María. (disgustada) Bien sabía yo la respuesta que abrías de darme.

Antonio. Pero sabes también que si yo tubiese, no escatimaría nada para mis hijos, a quienes quiero más que a mi vida.....

María. (interrumpiéndole) Se nota.....

Antonio. Los quiero, quizá más que tú; pero racional-

mente; porque tú crees que el cariño está en satisfacer todos sus caprichos, por absurdos que sean.

María. (llorando colérica) Bueno, no des nada; ya sé que para mí i para tus hijos, te duele dar.

Antonio. Pero mujer, yo no digo que no quiero darte, si que lo que me pides es demasiado. (sacando de una cartera) Toma, quince sures te daré.

María. (cogiendo con desprecio) Quince sures, que vá a alcanzar para tres niños.

Antonio. Para tres niños pobres alcanza perfectamente: se puede comprar tres juguetes de a cinco sures cada uno.

María. Ay!, *qué haciendo* se han de quedar mis hijos, atrás de nadie. Mañana les harán feos, con sus lindos juguetes, los hijos del Mayor Gómez, que viven al frente.

Antonio. El Mayor Gómez gana cinco veces lo que yo gano i, por consiguiente, puede comprar para sus hijos, juguetes costosos. Los pobres no debemos ser vanidosos; además, es preciso que se acostumbren a contentarse con lo que se les dá.

María (disgustada) Eso es, en vez de juguetes, hoy vas a darles lecciones de moral.

Antonio. Ojalá resultaran provechosos: los padres no debemos perder la ocasión de dárselas. (sale)

ESCENA III

María sola.

María. Mezquino, eso no has de ver, que yo ponga adfecios en los zapatos de mis hijos. (sale a la puerta i llama) Tiburcio, Tiburcio.

ESCENA IV

María i Tiburcio.

Tiburcio. (entrando) Mande patrona.

María. Andate donde mi comadre Josefa i dile, que es mi comadrita, que me mande a prestar unos veinte sures, por ocho días. ¿Cómo vés a decirle?

Tiburcio. Manda a decir la ña María.

María. (disgustada) Ña María. . . ., indio tosco, no apren-

des a tratar con delicadeza.

Tiburcio. ¿A trotar?, sí, patrona, si sé trotar, al menos cuando me manda su mercé a comprar esos tamales *dionde ñora* Chepita.....

María. Claro, para lo que te conviene, no eres tonto. Pero atiende lo que te digo, has de decir así: Manda a decir la niñita Mariñita..... ¿Cómo vás a decir?, repite.

Tiburcio. (con ingenuidad) Manda a decir la ñata Mariñita

María. (pegándole un golpe) Jesús! qué indio más estúpido; lo peor es criar estos idiotas, que no sirven para nada. Llama a Lorenza.

Tiburcio. (sale a la puerta i llama) Lorenzá, Lorenzá, te llama la

ESCENA V

María, Lorenza y Tiburcio

Lorenza. (entrando) ¿Quién me llama?

Tiburcio. La ... (señalando a su patrona) élla.....

María. (colérica, haciendo ademán de pegarlo) Lárgate de aquí, indio infernal.

Tiburcio. ¡Huy!, (sale corriendo)

ESCENA VI

María y Lorenza

María. Oye i atiende; no saldrás tú también con tonterías, como ese inbécil. Andate donde mi comadre Josefina i dile: Manda a decir mi niñita Mariñita, que es mi comadríta, que le haga el favor de mandarle a prestar unos veinte sucres, por ocho días, nada más que por ocho días, repite.

Lorenza. (con dificultad) Manda a decir mi niñita Mariñita, que es mi comadríta, nada más que por ocho días, si le manda a prestar unos veinte sucrecitos.

María. (cogiéndose la cabeza, con sumo disgusto) ¡Jesús!, ya nó con Udes., van a volverme loca. Llama al niño Ernestito para que te vayas con él.

Lorenza. (desde la puerta) ño Ernestico, Ño Ernestico, lo llama su *mama*.

María. (colérica) India, estúpida.

Lorenza. Ya viene (sale)

ESCENA VII

María, Lorenza i Ernesto.

Ernesto. Mande, mamá.

María. Anda, hijito, donde la Comadre Josefina, i dile que me haga la fineza de prestarme veinte suces, por ocho días.

Ernesto. Bueno Mamá (sale)

María. Hijos míos!, mientras viva su madre, no se han de quedar atrás de nadie.

Lorenza. (sacando la cabeza, desde la puerta) Atrás mío, si se han de quedar, porque yo voy corriendo.

María. Lárgate pronto imbécil.

ESCENA VIII

María e Isabel

Isabel. (entrando) Buenas tardes María, se puede visitarla?

María. (brindándole asiento) Venga Ud. Isabel, perdone que la reciba en el dormitorio: la sala de recibo la estan entapizando.

Isabel. No se preocupe María, yo soy de confianza.

María. ¿Qué tal dé Navidad?, ha comprado muchos juguetes para sus niños?

Isabel. No todavía; Leonardo me dió unos treinta suces para juguetes; pero a mi me parece demasiado este gasto, para personas pobres como nosotras; así es que, quince suces voi a gastar en juguetes i los otros quince voi a comprarles ropita. Es necesario economizar lo que más se pueda: los empleos no son seguros; hoi o mañana los botan i entonces, la situación de la familia es desesperante.

María. (con vanidad) Lo que es a mí, me gusta que mis hijos sobresalgan en todo. Antonio me dió hoi, cincuenta suces para los juguetes de mis niños.

Isabel, Eso me parece demasiado. . . ., para los ricos, está bien; pero. . . .

ESCENA IX

María, Isabel i Blanca.

Blanca. (entrando apresuradamente) Mamá, dice papá que ya te ha dado quince sures para que nos compres los juguetes.

María. (interrumpiendo i haciendo señas a la niña para que calle) Calla, Blanquita, saluda a la señora Isabelita.

Blanca. Buenas tardes, señora, (dirigiéndose a su madre) pero mamá, si ya te ha dado papá los quince sures para los juguetes, ¿por qué no vas a comprar?.

María. Calla Blanquita, no seas tonta; acaso yo soy quien vá a darte los regalos?: Los Reyes Magos sabrán lo que te traen. Anda llama a Tiburcio.

Blanca. Con permiso (sale).

ESCENA X

María, Isabel i Tiburcio.

Tiburcio. (entrando) Mandé, ña María.

María. (se acerca i la habla en secreto) Pero atenderás bien.

Tiburcio. (en voz alta) I... Torino... Que ván a fiar; rial de pan no quisieron fiar el otro día que me mandó su mercé....

María. (con angustia hace señas a Tiburcio para que calle)

ESCENA XI

María, Isabel i Lorenza.

Lorenza. (entrando presurosa i acercándose a entregar unos billetes a su patrona) E la quí; pero dijo que sólo le *empresta* los veinte sures por ocho días.

María. (disgustada se levanta i habla en secreto con Lorenza) Entiendes?

Lorenza. *Elay* vaya, acaso han de querer *emprestar* (sale.)

ESCENA XII

María, Isabel i Tiburcio.

Tiburcio. (entra con una botella de vino) *Elay*, tanto hacer fiaron: dicen que su mercé es una tramposa....

María. (colérica, le tira del pelo disimuladamente) Anda, dí a Lorenza que te dé las copas vineras i sirve.

Tiburcio. (saliendo) Bueno, quizás dejen los conchitos.

ESCENA XIII

María e Isabel.

María. (sentándose) ¡Jesús!, qué indios más estúpidos; son idiotas: hablan cosas incoherentes; sólo por haberles criado desde pequeños, les puedo soportar.

Isabel. No se preocupe María.

María. Pero volviendo a los festejos de Navidad, yo pienso darles una gran sorpresa a mis niños: La señora de Lemus, que es muy rica i muy amiga mía, me contaba los primores que había hecho en Navidad, cuando élla estuvo en Francia; yo quiero hacer lo mismo; acaso porque una no es rica se ha de quedar atrás de nadie?

Isabel. ¿Qué cosas había hecho la señora de Lemus?: es casi millonaria.

María. Pues, había vestido a tres de sus sirvientes, de Reyes Magos, muy lujosos i con toda propiedad; los había caracterizado admirablemente: el Rey Blanco, el Indio i el Negro. Los niños, como les pasa a todos en esa noche, no habían dormido; los Reyes entraron con toda majestad llevando los juguetes, i los niños quedaron convencidos i encantados. Pues ésto mismo pienso hacer yo. Tengo sirvientes; la ropa no costará mucho: los vestiré de Reyes Magos i haré que pongan los juguetes en presencia de los niños; ésto les llenará de gozo, i además, mañana, todo mundo comentará agradablemente mi iniciativa; luego me seguirán todas mis amigas; pero me quedará el gusto de haber sido yo la primera en introducir esta bella costumbre.

Isabel. Bonita idea; pero me parece un poco costosa; lo que es yo, esperaré que los niños se duerman i les pondré los juguetes en sus zapatitos; mañana los encontrarán i se cantarán con ellos.

María. Voi a enseñarle los vestidos que les hice para

Navidad (saca i enseña unos vestidos lujosos de niño).

Isabel. Están muy bonitos.

María. (con vanidad) Pero costaron cien sures los tres ternitos; el mío me costó ciento veinte sures; pero aún no me lo entregan.

ESCENA XIV

María, Isabel i Tiburcio.

Tiburcio. (entra con unas tazas de fierro viejas, en una fuente i se acerca a las señoras) Sírvansen sus mercedes.

María. (levantándose horrorizada) Qué ha hecho este idiota? (Se cubre la cara con las manos) ¡Qué horror!

Tiburcio. *Elay vaya,* no quieren *emprestar;* (aparte) Como que se los ván a comer con todo pocillos; a *yo* que me dieran, me bebiera más que *seiga en pilche.*

María. (le tira del pelo i le pega) Pero indio imbécil, no te dije que traigas en las copas vineras?

Tiburcio. (llorando) Si no quieren *emprestar.*

Isabel. No tenga cuidado, *María,* somos de confianza.

Tiburcio. *Elay* no vé con *ña Isabel,* somos de confianza.

María. (colérica) Andate de aquí.

Tiburcio. (se va para un lado, i mientras su patrona se regresa a hablar con Isabel, él se toma con ansia de una de las tazas) ¡Qué rico!

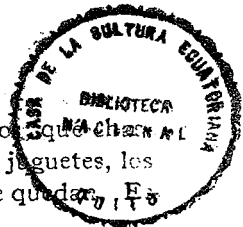
Isabel. (Levantándose) Cálmese *María,* por mí no se preocupe; éstos son incidentes sin importancia; todos los criados son así. Me voy a regresar. Hasta luego.

María. (contrariada) Disculpe Ud., estoi avergonzada; eso tiene criar estos idiotas.

ESCENA XV

María sola.

María. (colérica) ¡Jesús!, qué estúpidos son éstos! ¡Qué chaca! co! Si no tuviese tanto apuro de salir a comprar los juguetes, les encerrara i les diera una buena paliza; pero no se me quedan muy tarde, i han de cerrar los almacenes (sale).



ESCENA XVI

Tiburcio solo.

Tiburcio. (entra i se acerca a la mesa donde dejó las tazas de vino) Veamos si han dejado los conchitos (toma de algunas tazas, haciendo muecas i saboreando) ¡Qué rico! (mirando) el color es neto café; pero el sabor . . . mejor que la miel. (vuelve a tomar otros bocados, saboreando; siente ruido, se limpia apresuradamente la boca con la manga del saco, coge la escoba i se pone a barrer)

ESCENA XVII

Lorenza i Tiburcio.

Lorenza. (entrando) Tiburcio, vení ayudá a fregar los cubiertos.

Tiburcio. (al ver que es Lorenza la que entra, suelta la escoba can alegría) ¡Ay!, ¿S vos?; vení Lorenza, vení a probar ésto, qué rico!

Lorenza. (sorprendida) ¿Qué es ésto?

Tiburcio. Toribio, o ni si como; pero probá (le pasa una taza).

Lorenza. (prueba i hace un gesto de disgusto) No está cosa; vos probaras esos tamales *dionde ñora* Josefa, esos son de *lamberse* los dedos.

Tiburcio. (brincando) Ay, pero yo siento un gustico. . . (bailando) bailemos Lorenza, *querís?*

Lorenza. (esquiva) Quitá, ¿te has vuelto loco?

Tiburcio. Loco de gusto, (baila con la escoba cantando)

El corazón está alegre,
alegre como unas pascuas,
i por salir a bailar,
las patas se vuelven ascuas.

Lorenza. (mirándole sorprendida) ¿Se te ha entrado el diablo? (mirando hacia la puerta) Ya viene la *ña* María.

Tiburcio. (se pone a barrer apresuradamente)



ESCENA XVIII

María, Lorenza i Tiburcio

María. (entra con un paquete de juguetes, lo abre, va sacando i poniendo sobre la mesa, mientaas tanto, Tiburcio, cuando no lo ven, baila en silencio con la escoba) Oigan (ambos se acercan) Ahora de noche voy a vestirlos a Udes. de Reyes Magos.

Tiburcio. (sorprendido) ¿Qué eso de Reyes Majos?

Lorenza. (sorprendida también) ¿Para qué?

María. Udes. no tienen necesidad de saber nada; una vez que estén vestidos, entran sin hacer ruido en el dormitorio de los niños, es decir aquí, (señalando) allí estarán los zapatos de los niños; Udes. les ponen dentro, o al lado, estos juguetes i salen (se oye la algazara de los niños afuera) Ya vienen los niños (cogiendo apresuradamente los juguetes) Vamos, vamos pronto para vestirles (salen).

ESCENA XIX

Blanca, Ernesto i Jorge

Blanca. Ñañitos, acostémonos pronto para que vengan los Reyes Magos a dejarnos los regalos. Yo soñé que me traían una cocinita de fierro i un juego de té.

Ernesto. (muy contento coge a su hermano menor i lo lleva a la cama) Vamos Jorgito, vamos a acostarnos.

Blanca. (se sienta en la cama i principia a sacarse los zapatos) Acostémonos vestidos, para levantarnos apenas sintamos que los Reyes Magos nos ponen los juguetes.

Ernesto. (sacándose los zapatos) Cierto.

Jorge. (sacándose también los zapatos) Vamos ñañitos, vamos a poner los zapatos. (Todos tres colocan los zapatos cerca de una puerta, regresan a sus camas respectivas i se acuestan.

Ernesto. ¿Qué hacemos ahora para que pronto nos venga el sueño?

Blanca. Recemos, porque cuando mamá me hace rezar, qué sueñito que me viene.

Jorge. Blanquita, mejor cuéntanos el cuento del zapito encantado.

Blanca. Bueno, pero primero van a rezar.

(Todos se santigúan apresuradamente i rezan al mismo tiempo entre dientes).

Jorge. Ahora si, cuenta el cuento.

Blanca. Ya estuvo, pero nó me interrumpan. Había en una ciudad un Zapito grande, grade, grande.

Jorge. (riéndose) Entonces ha sido un zapote.

Blanca. (disgustada) Bueno, no he de contar.

Ernesto. Sigue no más Blanquita, está lindo el cuento.

Blanca. El Zapito tenía color rosado i ojos azules.

Jorge. (riéndose a carcajadas, lo mismo que su hermano) Qué buen mozo el Zapito.

Blanca (disgustada) ¿Por qué te ríes?

Jorge. Porque me parece que el zapito es hermano de tu muñeca Marta.

Blanca. (llorando) No he de contar, no he de contar.

Ernesto Cuenta Blanquita, si no los Reyes Magos se enjarán contigo i no te traerán regalos

Blanca. Bueno, ya voy a contar, pero que no oiga ese Jorge

Jorge. Cuenta no más, si yo ya estoy dormido.

Blanca. Un día, el zapito se botó a nadar a una laguna, i allí se encontró con una hada que era la reina de esa laguna; el hada quiso coger al zapito porque le agradó el color; pero en el momento de cogerlo, como el hada era mágica, el zapito se hizo un lindo príncipe.

Jorge. ¡Oh!, yo si dije que ese zapo, no era zapo.

Blanca. El zapito había sido un príncipe encantado por una bruja.

Jorge Qué lindo! Ernesto, el otro día dijiste que tu profesor tenía una bruja; pídesela que nos preste para irnos al campo a desencantar zapitos.

Ernesto. (riendo) No seas tontito; una brújula dije.

Blanca. I qué es una brújula?

Ernesto. Es un aparato que sirve para indicar la dirección. Ahora si, durmamos para que vengan los Reyes.

Blanca. Yo ya estoy dormida.

Jorge. Yo también.

(Todos se quedan en silencio)

ESCENA XX

Los mismos, Lorenza i Tiburcio.

(Entra Lorenza i Tiburcio vestidos de Magos, caminando en las puntas de los pies; los niños se quedan mirando estupefactos.)

Ernesto. (Alzando la cabeza i mirando con atención) Miren, qué feos están los Reyes Magos.

Blanca. (sentándose i mirando también) Yo creo que el uno es Reina Maga: qué parecido está a Lorenza.

Lorenza. (dirigiéndose a Tiburcio) Oís Tiburcio.

Tiburcio. Callá, la patrona dijo que no regresemos a ver. (colocan los juguetes junto a los zapatos).

Lorenza. Vamos.

Tiburcio. No seas tonta; aquí están los buñuelos que la ña María me mandó a comprar para comer ahora de noche (coge una fuente de buñuelos i acerca a Lorenza).

Lorenza. (con entusiasmo) A ver tré, probemos (ambos comen con avidez).

Ernesto. (sentándose en la cama) Mamá, mamá, los Reyes Magos se aacban los buñuelos.

Tiburcio. (regresando a ver al mismo tiempo que Lorenza i muy disgustado) Chilteros.

(se sienten pasos; Lorenza i Tiburcio salen corriendo).

ESCENA XXI

Blanca, Ernesto i Jorge.

(Los niños se levantan rápidamente i se acercan con ansia a ver lo que hay en sus zapatos).

Blanca. Veamos que han puesto estos reyes golosos. ¡Qué lindo juego de té!

(mostrándolo) Miren, qué belleza de muñeca.

Jorge. (alzando) Un aeroplano, un polichinela.

Ernesto. I para mí, cuántas cosas, (mostrando) rondines, pelotas. Estos Reyes Magos (burlándose) aunque cari feos han sido generosos.

(todos saltan, gritan i hacen mil demostraciones de alegría).

ESCENA XXII

María. (muy contenta) A ver niños míos, qué les han traído los Reyes Magos?

Todos. (muy contentos) Mira mamá, mira qué lindo, qué primores.

María. (ríe a carcajadas muy complacida) De veras hijos míos, qué primores.



ACTO SEGUNDO

Escenario: Una pieza de habitación muy pobre.

(Aparecen *María*, pobremente vestida i muy triste; junto a ella, sus hijos.)

ESCENA I

María i su hija Blanca.

Blanca. (muy disgustada) Mamá, yo no quiero esta muñeca tan pequeña, (arrojándola al suelo) No se la puede ni *amarcar*, parece araña; yo quiero una muñeca dormilona de esas que me diste el año pasado.

María. (acercándose a su hija i pasándole la muñeca) Pero hijita, no ves que estamos muy pobres i no tenemos ni para comer

Blanca. (zapatea i llora) Yo quiero una muñeca dormilona i un juego de té.

María. Los juegos de té cuestan cincuenta sucres; cómo quíeres imposibles? (entregándole la muñeca) Toma hijita, coge; no seas exigente.

Blanca. (rompe la muñeca, la tira con cólera i sigue zapateando) Nón, yo no quiero este adefesio, no quiero, no quiero.

María. (disgustada) Pero qué has hecho? (pega a la niña un golpe en las manos) Malcriada. (coge una bata i se acerca donde la niña) Ven a cambiarte de vestido; ese ya está sucio.

Blanca. (llorando) Ay!; yo no me he de poner esa bata de zaraza; yo quiero bata de seda como las que tenía antes; no decías tú que sólo las cocineras se ponen esas batas?; acaso yo soy hija de cocinera para ponerme.

María. (con tristeza) Quién sabe si llegues a serlo; si tu papá no logra nuevamente conseguir empleo, que va hacer de nosotras? (cogiendose la cara con angustia) ¡Dios mío!, no quiero ni pensarlo.

ESCENA II

Maitra i sus tres hijos.

Jorge. (entra disgustado i tira al suelo un pequeño silbador) Mira mamá el adefesio que me han trido esos tales Reyes Magos (Zapateando) Quiero una bicicleta para manejarla yo mismo; no quiero, no quiero este silbador.

María. ¡Jesus!, estos muchachos me van a volver loca.

Ernesto. ¡A mí, miren lo q' me dán (enseñando un carro pequeño) Este pedazo de lata; ésto no es carro ni es nada (arrojándolo al suelo) Yo ya soy grande; qué me han dedar esos adefesios. El año pasado nos díste buenos juguetes (llorando también) Yo quiero un sucre para comprar pastas.

Blanca. (llorando) Yo también.

Jorge. (llorando al mismo tiempo) Yo también

María. (desesperada) Pero Dios santo, no tengo un centavo para hacer el almuerzo i de donde voy a sacar tres sueres. Vayan a jugar con los hijos de la señora Ester, estaban buscándoles.
(Todos los niños salen corriendo)

ESCENA III

María sola.

María. (con angustia) Estos chicos van a matarme de desesperación; pero ellos no tienen la culpa, yo, que por mi loca vanidad los he enseñado así, soy la única responsable. (sollozando) ¡Dios mío! ¡Dios mío! cómo podré reparar todas las desgracias que he ocasionado en mi hogar? ¡Qué tarde nos viene la experiencia.

ESCENA IV

María i Lorenza.

Lorenza. (entra muy agitada) ¡Na María, la criada de su comadre Josefa la busca.

María. (asustada) Jesús! debe ser para cobrarme los cincuenta i seis suces que le debo; ya te he dicho que cuando élla venga le digas que no estoy aquí.

Lorenza. Sí, yo así le dije: cuando vos venís, mi patrona no está aquí.

María. ¡Qué tonta eres!

Lorenza. Pero élla dice que quiere que le diga su mercé una palabrita i nada más (sale).

María. Ya no hay remedio, hazle entrar.

ESCENA V

María i Rosario.

Rosario. (entrando) Buenas tardes, señora.

María. (con amabilidad) Ven Rosario ¿cómo está mi comadre?

Rosario. (con disgusto) Manda a decirle que ya no es posible esperarle más; que si hasta mañana no le paga los cincuenta i seis suces, se verá en el caso de demandar a su marido.

María. (con angustia) Rosario, dile que tenga caridad, que me espere unos quince días más.

Rosario. (enojada) Sólo con ese cuento; viendo que no tienen de donde pagar, no deben meterse a pedir prestado. (sale)

ESCENA VI

María sola.

María. (con desesperación) La comadre tiene razón ¡Dios mío!, todos tienen razón; sólo yo no la tuve cuando loca de vanidad pedía dinero i sacaba fiado por todas partes. Si siquiera hubiese sido para algo provechoso; ¿qué compré con esos cincuenta suces que tantos sinsabores me cuestan?: una bata de seda que no me duró ni dos meses. Después de quince días i de donde voy a tener después de quince días?; estando en la indigencia, quién va a prestarme ni un centavo? (llora)

ESCENA VII

*María i Lorenza.**Lorenza.* (asustada) Patrona, patrona, ya viene otra*María.* (sorprendida) ¿Quién?*Lorenza.* *Nora* Isabel.*María* (con satisfacción) ¡Ah!, entonces no es a cobrarme; ¿qué le dijiste?*Lorenza.* Le diga que Ud. no está aquí.*María.* Alcánzala i dile que venga*Lorenza.* (disgustada, saliendo) Yo no *comprendo*: a unas que no las deje *dentrar*, a otras que no las deje irse.

ESCENA VIII

*María e Isabel**Isabel.* (entrando) Buenas tardes, cómo está María?*María.* (con amabilidad) Venga Ud. Isabel, cómo están sus niños?*Isabel.* (sentándose) Qué es éso?; siempre que vengo la encuentro llorando; eso no está bueno, es necesario tener resignación.*María.* Ay, Isabel, yo me resignaría con la pobreza, con la indigencia en que vivimos desde que Antonio está sin empleo; pero lo que me desespera, son las deudas; en este momento acaba de salir la sirvienta de mi comadre Josefa, la cual vino a decirme que si hasta mañana no le pago los cincuenta i seis suces que le debo, va a demandar a Antonio.*Isabel.* (sorprendida) ¡Oh!, ésto es muy grave; pero creo que la señora Josefa no hará éso.*María.* Si sólo fuera esta deuda la única; a Ud que es tan buena i a quien tengo mucha confianza, voy a contarle: debo más de trescientos cincuenta suces.*Isabel.* (sorprendida) ¿De veras?*María* En el almacén del señor Villamil, \$185-00 que saqué en ropa de lujo, la cual no me duró si no pocos días; donde el señor Fuentes \$ 45-00 que saqué en afeites i adornos; en el Bar de la señora Rosaura, \$ 48-00 que mandé a traer en pastés, conservas i otras pequeñeces; fuera de ésto, debo \$ 10-00 por

una parte, \$ 8-00 por otra, \$ 5-00 por otra i así un sinnúmero de deudas pequeñas (con desesperación) Ay!, Isabel yo creo que me voy a volver loca. Pero no es sólo ésto lo que me hace sufrir de esta manera; lo que más me desespera, es que mis hijos están muy mal enseñados i llenos de defectos. Por mi insensata vanidad, los acostumbré pésimamente; ahora no quieren resignarse a vivir en la pobreza i me martirizan a cada paso. Por otro lado, Antonio, con mucha razón, me recrimina a cada momento.

ESCENA IX

María, Isabel i Lorenza.

Lorenza. (desde la puerta) *ña María, ña María, ya viene otra.*

María. (con ansiedad) Dile que no estoi.

Lorenza. (gritando desde la puerta) Vé, Carmen, si mi patrona dice que no está aquí (dirigiéndose a María) Si ha estado pasando no más la Carmen, no ha venido aquí.

María. Anda, Lorenza, vé que hacen los niños.

Lorenza. Mejor voi a estarme parada en la puerta, viendo si viene otra para avisarle, no. . . . (sale)

ESCENA X

María e Isabel.

Isabel. Ya vé, María, por el cariño sincero que le profeso, yo le he aconsejado siempre a Ud. que sea económica, que no gaste en lo superfluo. Por poco que sea el sueldo que entra a una casa, se debe establecer un pequeño presupuesto de gastos, i ahorrar, aún cuando sea una cosa insignificante; porque, ya vé Ud., el rato menos pensado, los botan del empleo a nuestros maridos i quedamos sin un centavo. Al menos los pobres empleados subalternos, que no tienen ninguna garantía para su estabilidad, están, como se dice vulgarmente, siempre en "capilla": cuando a los jefes de oficina les dá la gana, piden el cambio, i las autoridades superiores lo hacen en seguida, sin siquiera tomarse la molestia de preguntar el porqué.

María. Ay, Isabel, si hubiera oído sus consejos; pero he sido tan necia que hasta no experimentar por mí misma, no me he

convencido. Pero ahora, con todo lo que he sufrido, si por fortuna, vuelve a emplearse Antonio, aun cuando fuera con treinta sucos de sueldo, le prometo que sabré economizar i no volveré a gastar un sólo centavo en cosas superfluas. Feliz Ud., Isabel, que no se ha dejado llevar por la vanidad, tan común en nosotras las mujeres. ¡Oh!, si cuando niña hubiese habido una persona que me haga conocer sus funestas consecuencias, quizá no me encontrara en esta situación; pero desgraciadamente, murió mi madre cuando más necesitaba sus consejos, i mi padre, sin pensarlo, fomentó mis inclinaciones para esta pasión funesta, rodeándome de un lujo i comodidades que no correspondían a nuestra situación económica.

Isabel. Yo sí, tuve la suerte de tener una madre que supo educarme modestamente i reprimir a tiempo mi propensión a la vanidad. (levantándose) Me voi, me he estado bastante [entregando un paquete a María] Por Navidad, haga el favor de aceptar estos dulces para los niños.

María. Gracias, Isabel, qué buena es Ud.

Isabel. Ojalá tuviera facilidad de apoyarle en una forma eficaz; pero Ud. sabe, mis circunstancias no son muy favorables. (abrazando a su amiga) Hasta luego. (sale)

María. Ahora, tendrán que almorzar mis pobres hijos.

ESCENA XI

María, Lorenza i Juan.

Lorenza. ¡Na María, ya viene el paje del señor Fuentes.

María. (asustada) Ay, ese es un muchacho atrevido, no respeta a nadie. (ocultándose de prisa) Voi a esconderme, dile que no estoi aquí.

Juan. (entrando rápidamente) ¿Dónde está tu patrona?

Lorenza. (enojada) Onde está tu patrona?, no vís que no hay i todavía preguntás.

Juan. (riendo) Por éso te pregunto; si estuviera aquí no habría para que.

Lorenza. I para qué la buscás.

Juan. Para qué le he de buscar sino para cobrarle la plata que debe de los afeites i perfumes que fué a fiar donde mi patrón. (disgustado) Quieren hacerse payasos a costilla de otro.

Lorenza. (muy enojada) Vos parecís payaso, mal fajado.

Juan. Callá, india tonta; tu patrona, antes se pintaba la cara de mil colores, cosa de quedar como un mapa, para ahora estar sin tener de donde pagar.

Lorenza. (amenazándole) *Verís*, de que te vayas le aviso.

ESCENA XII

Los mismos i Antonio.

Antonio. (entra muy disgustado i abatido) No hay esperanza

Juan. Buenas tardes.

Antonio. Buenas tardes ¿qué se te ofrece aquí?

Juan. Vine en busca de la señora María, porque el señor Fuentes me manda a cobrarle unos cuarenta i cinco sures que, hace más de un año, sacó en perfumes i afeites.

Antonio. (con sumo disgusto) ¡Oh!, esto es el colmo, (dirigiéndose a Juan) Dile a tu patrón que haga el favor de esperar unos días.

Juan. Me dijo que le diga que le ha esperado demasiado, i por consiguiente, se vá a ver en el caso de demandarle a Ud. (sale)

ESCENA XIII

María, Antonio i Lorenza

Antonio. (indignado) Será posible? Infeliz el hombre que se casa con una mujer vanidosa (dirigiéndose a Lorenza) ¿Dónde está tu patrona?

Lorenza. (señalando) Ahí no está metida?

María. (sale muy avergonzada i llorosa) Perdóname Antonio.

Antonio. Ya ves, mujer, las consecuencias de tu loca vanidad?; i ahora, ¿qué hacemos?: me demandarán i no tendré otro remedio que ir a la cárcel indefinidamente, porque, de dónde vamos a pagar tanto?

Lorenza, (con cólera) Si es de darles palo, a estos que vienen a estar fregando la paciencia; no estar aquí el Tiburcio que *di* no...

María. (dirigiéndose a Antonio) Tú sabes cuan arrepentida estoy de mi conducta pasada; si pudiera repararla, yo me sacrificaría gustosa.

Antonio. Ya es tarde (con desesperación) Qué va ser de nosotros?, qué va ser de nuestros pobres hijos? Durante los ocho meses en que, injustamente, he estado sin empleo, hemos vendido hasta los muebles, i ya no nos queda nada absolutamente. Desgraciado el hombre que vive de un empleo en calidad de subalterno!:

estar sujeto siempre a caprichos e injusticias de un magnate; ser el blanco de la neurastenia, porque esta enfermedad es propia de amos i de jefes; ser el blanco de las extravagancias i hasta de las trasnochadas del Jefe, es horrible: la altivez de todo hombre honrado se levanta en oleajes incontenibles i no es posible soportar. Entra un nuevo Jefe, i sin más ni más, si tomarse siquiera la molestia de buscar un pretexto, manda sacando a los empleados que le dá gana; i nosotrós tenemos que agachar la cabeza i, sin mirar al amo, salir a presenciar la agonía de nuestra familia. Dichoso el obrero que gana el pan independientemente, sin mendigar un miserable sueldo que, muchas veces, se lo gana con girores del alma, i todavía se lo paga tarde, mal o nunca.

ESCENA XIV

María, Antonio i Alejandro

Alejandro. (desde la puerta) Antonio, estás aquí.

Antonio. ¿Quién me buscará?, seguramente será otro acreedor, porque, cuando uno está en la desgracia, no hay amigos.

Alejandro. (entra i abraza con cariño a Antonio) ¡Hola!, Antonio, cuánto gusto tengo de verte.

Antonio. (abrazándolo). Alejandro, ¿qué casualidad por aquí?

Alejandro. (dirigiéndose a María). Buenas tardes señora, excuse, no la había visto.

María. Bueneas tardes, cómo está Ud.

Alejandro. Sin novedad, gracias.

Antonio. (dirigiéndose a Alejandro) Vén hijo, vén siéntate; no me imaginé verte; pero, a qué se debe esta casualidad?

Alejandro. Vine por visitar a mi familia, i tu hermano Jorge aprovechó mi venida para hacerme una recomendación para tí.

Antonio. (con interés) Estuviste en el mismo Batallón q' él?

Alejandro. Sí.

Antonio. ¿Cómo está?; hace más de tres meses que no me ha escrito.

Alejandro. Ya reparará su ingratitud (entregándole un sobre cerrado) Me encargó te entregue estos mil quinientos sures.

Antonio. (cogiendo el sobre) No te burlés, Alejandro.

Alejandro. (riendo) Vaya que tal, abre i convéncete.

Antonio. (abre i se levanta como fuera de sí) ¿Qué significa ésto?

Alejandro: Sencillamente, tu hermano logró ganar ese pleito que ya lo tenían por perdido.

Antonio. (con alegría) Ah!, el que seguíamos contra mi tío Federico, por la herencia de mamá; dices bien, ya lo teníamos por perdido: yo no me he vuelto acordar más de él.

María. (como volviendo de un sueño) Oh! Dios mío!, será verdad lo que he oído?

Alejandro. (dirigiéndose a Antonio) Hoi debes tener carta en el correo; te iba a mandar por libranza este dinero; pero resolvió enviártelo conmigo. (levantándose) Me voi tengo unos asuntos urgentes en la casa.

Antonio. No sabes cuánto les agradezco a mi hermano i a tí: estaba en una situación desesperada.

Alejandro. Hasta luego (sale).

ESCENA XV

María i Antonio.

Antonio. (con suma alegría) ¡Oh!, con ésto podré emprender en algún trabajo particular i vivir independientemente.

María. (acercándose a Antonio) Ay, Antonio, con la experiencia que ahora tengo, no volveré a malgastar un solo centavo: trabajaremos juntos, tú con el pequeño capital que te manda tu hermano, i yo, con la economía i el ahorro que forman juntos un gran capital.

FIN



